

ENCUENTROS JUNTO AL POZO

Basado en Juan 4

*Un camino de encuentro,
restauración y propósito.*

J. EDUARDO SILVA L.
ALIENTO EN LAS CALLES



ENCUENTROS JUNTO AL POZO. UN CAMINO DE ENCUENTRO, RESTAURACIÓN Y PROPÓSITO

© Julio Eduardo Silva López

Casa Editorial Sin Fronteras CESFRO SAS.

102 pág. / Formato A5

Cuenca - Ecuador

Primera Edición Digital

Publicado el 26 de Agosto de 2026

ISBN: 978-9907-822-45-8

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.22019193>

**Encuentros junto al pozo.
Un camino de encuentro, restauración y propósito**

Autor:

© Julio Eduardo Silva López

Revisor:

Rvdo. Cesar Alfonso Parra Rosillo

Se prohíbe la reproducción, distribución o comunicación pública, total o parcial, de la presente obra sin autorización expresa, salvo reproducción literal con el debido reconocimiento de los derechos intelectuales de los autores y de la editorial.

Esta obra está bajo una licencia internacional. Creative Commons Atribución-No Comercial Sin Derivadas 4.0.





Primera edición agosto de 2026 - Publicación digital

Casa Editorial Sin Fronteras CESFRO S.A.S.
Correo: editorial@cesfro.com
Cuenca-Ecuador

Licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International (CC BY-NC-ND 4.0).



DERECHOS RESERVADOS

Esta obra está protegida por derechos de autor.

Se permite su lectura, enseñanza y uso ministerial con fines formativos, discipulares y evangelísticos, siempre que se respete la autoría y no se altere su contenido. Queda prohibida su reproducción total o parcial, en cualquier formato (impreso, digital, fotocopia, escaneo o distribución no autorizada), sin el consentimiento previo y por escrito del autor.

Este material fue creado para edificar, acompañar procesos y formar corazones, no para ser copiado ni comercializado sin autorización.

"Citas tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960 © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960".

© 2026 — J. Eduardo Silva L.
Todos los derechos reservados.
Aliento en las Calles
Quito — Ecuador

DEDICATORIA

Este libro está dedicado, en primer lugar, a Jesucristo, quien me encontró junto al pozo cuando mi vida estaba sedienta, confundida y sin dirección. Él me buscó cuando estaba perdido, tuvo paciencia con mis procesos y me sostuvo en temporadas de desierto, lucha y quebranto. Aun cuando muchas veces no entendía el camino, su gracia nunca dejó de alcanzarme.

Lo dedico a mis Padres Holger y Delia, a mi esposa Grace y a mis hijos Stiven, Jadiel y Yareli, a mi hermano Edwin porque Dios me enseñó que todo comienza en el corazón y se ordena primero en casa. Un corazón encendido enciende una familia; una familia encendida impacta una congregación; y una congregación encendida puede transformar una nación. Pero todo empieza con un corazón.

También lo dedico a cada persona que Dios puso en mi camino y que, en diferentes temporadas, fue parte del proceso. Personas que caminaron cerca, que permanecieron, que aconsejaron, oraron y estuvieron presentes en momentos importantes. Dios usa personas para sostener, formar y dirigir vidas, y cada encuentro fue parte de algo mayor que él estaba construyendo.

Y finalmente, este libro está dedicado a cada persona que alguna vez se sintió vacía, herida, cansada o sin rumbo. A quienes, como la mujer samaritana, llegaron al pozo buscando algo más y terminaron encontrándose con aquel que es la Fuente.

Porque nadie llega al pozo por casualidad.

Y porque él todavía sigue teniendo... *Encuentros Junto al Pozo.*

PRÓLOGO

El día que mi reloj se detuvo



Durante mucho tiempo pensé que el rumbo de mi vida dependía de mis propias decisiones. Pero el destino no consulta nuestros planes; simplemente avanza. Y el mío corría hacia un precipicio.

A los once años, una puerta pequeña se abrió: el primer trago de alcohol. No lo supe entonces, pero aquel trago era la entrada a un laberinto sin salida.

Con el paso de los años, la curiosidad se volvió rutina, y la rutina, prisión. Llegué a formar parte de un círculo de más de ciento veinte jóvenes que compartíamos el mismo estilo de vida. Había ruido por todas partes. Pero en el centro de ese ruido crecía un silencio inquietante: una sed que nada de lo que ofrecía el mundo lograba calmar.

A los dieciséis años, frente a una pantalla de televisión, algo se resquebrajó. Una película evangelística alcanzó lugares que nadie más había logrado tocar. Entre lágrimas, respondí al llamado de Cristo por primera vez. Aquella noche conocí una paz sin igual, una limpieza que no sabía que necesitaba. Por un momento, el desierto dentro de mí recibió las primeras gotas de una lluvia que parecía prometer vida.

Pero la semilla no encontró quién la cuidara. No sabía leer las Escrituras, no tenía una comunidad, no había nadie que caminara a mi lado para enseñarme a echar raíces. Sin agua, sin sombra y sin acompañamiento, aquella semilla quedó dormida bajo la tierra. Con el tiempo, volví a dejarme arrastrar por la misma corriente.

A los diecinueve años ya era padre. Al veintiuno, el alcohol había dejado de ser compañero de fiestas para convertirse en mi dueño. Las consecuencias de mis decisiones me alcanzaron con nombres propios. Personas peligrosas comenzaron a buscarme. Las amenazas se volvieron reales. El miedo se instaló en cada paso. Me alejé de la multitud y reduje mi mundo a una sola persona, pero ni el aislamiento logró traerme paz. La tierra de mi corazón se agrietaba un poco más cada día.

Fue entonces, en medio de ese punto de quiebre donde ya nada tiene sentido, cuando alguien me extendió una invitación. Veía en esa persona algo que no sabía definir, pero que necesitaba con desesperación. Había encontrado una fuente que yo todavía no sabía que existía.

Recuerdo la vez que me invitó a una casa de estudio bíblico, no fui. Apareció un familiar. Terminé bebiendo, y la vergüenza me ganó. Pero la inquietud no se fue. Había preguntas que el alcohol ya no podía silenciar. Días después fui yo quien lo busqué para preguntarle dónde se reunían. Esta vez, su invitación no fue solo de palabra. Me entregó un video musical que me confrontó en la oscuridad de mi habitación. Mientras lo escuchaba, la letra comenzó a arder dentro de mí:

“¿Cuál vas a tomar? ¿Qué camino vas a escoger?”

Al día siguiente tomé una decisión que desafiaba toda mi lógica. Caminé hacia una pequeña casa donde se estudiaba la Biblia, sin saber que aquel paso me estaba conduciendo al encuentro que cambiaría mi historia para siempre.

Pero el milagro no fue el final del proceso. Fue apenas el comienzo.

Con el tiempo descubrí que la transformación no consiste únicamente en ser rescatado de algo, sino en aprender a caminar de una manera diferente. Después de ser restaurado, intenté rescatar a los míos con mis propias fuerzas y fracasé. Quería ayudar, pero no sabía cómo. Tenía entusiasmo, tenía convicción y tenía el mensaje correcto, pero me faltaba comprender algo esencial:

Para ganar un corazón no basta con tener la verdad. Hay que aprender a sentarse junto al pozo.

Hay conversaciones que abren puertas que los argumentos jamás podrán abrir. Hay personas que necesitan mucho más que respuestas; necesitan ser vistas, escuchadas y acompañadas. Y fue precisamente en ese aprendizaje donde comenzó a nacer el mensaje de este libro. Lo que sucedió después de cruzar aquella puerta es la razón por la que hoy tienes estas páginas en tus manos.

Porque existen cadenas que parecen imposibles de romper, desiertos que parecen interminables y semillas que parecen haber muerto bajo la tierra. Pero he visto cómo la gracia puede encontrar a una persona en medio de su sequedad y convertir una vida quebrada en una fuente que también puede dar agua a otros.

Si sientes que tu historia ha llegado a un callejón sin salida, sigue leyendo. Tal vez descubras que tu reloj no se ha detenido para marcar el final. Tal vez se ha detenido para señalar el lugar exacto donde comienza un nuevo encuentro junto al pozo.

Porque mi final no fue una conclusión. Fue apenas el prólogo de un milagro que todavía se está escribiendo.

ÍNDICE GENERAL

DEDICATORIA	.7
PRÓLOGO	.8
ÍNDICE GENERAL	.10
INTRODUCCIÓN	.11
ENCUENTRO I - A — ACERCARSE CON INTENCIÓN	.18
LEJOS DEL POZO I	.26
ENCUENTRO II - G — GANARSE EL CORAZÓN	.32
LEJOS DEL POZO II	.40
ENCUENTRO III - U — USAR LA VERDAD CON GRACIA	.46
LEJOS DEL POZO III	.58
ENCUENTRO IV - A — ACTIVAR PROPÓSITO, ACOMPAÑAR Y ENVIAR	.70
LEJOS DEL POZO IV	.80
REFLEXIÓN FINAL	.88
EPÍLOGO	.91
EL POZO CONTINÚA CON TU HISTORIA	.93
AGRADECIMIENTOS	.98
ACERCA DEL AUTOR	.99
HONRO A OMAR	.100
AUTOR	.102

INTRODUCCIÓN



Del corazón de Dios al corazón del hombre

Evangelizar no es un privilegio de unos pocos. Es el desborde natural de una vida que ha encontrado agua en medio de su sed. Cuando alguien descubre una fuente que calma lo que nada más calma, compartirla deja de ser obligación y se convierte en gratitud, compasión y amor que busca a otro.

Pero con el paso del tiempo hemos reducido el evangelismo a métodos, argumentos, programas o estadísticas. Hemos aprendido a transmitir información, pero en el camino olvidamos cómo conectar con las personas. Por eso este libro nace para recordarnos algo esencial: el evangelismo siempre comienza en el corazón de Dios y encuentra su camino hasta el corazón del hombre.

Estas páginas no fueron escritas únicamente para enseñar técnicas. Fueron escritas para formar corazones sensibles a la voz del Espíritu Santo y atentos a las necesidades reales de quienes nos rodean. Porque las personas no son proyectos, números ni resultados; son vidas con historias, heridas, preguntas y una sed que muchas veces intentan ocultar.

A lo largo de este recorrido caminaremos hasta un pozo en Samaria. Allí encontraremos a una mujer marcada por su pasado, car-

gando preguntas que nadie parecía escuchar. Venía buscando agua para una necesidad temporal, sin imaginar que su necesidad más profunda estaba a punto de ser confrontada.

Y allí también encontraremos a un Maestro que decidió acercarse.

Su paso por Samaria no fue un accidente geográfico ni una coincidencia del camino. Fue una misión intencional. Fue la decisión de buscar a una persona en medio de su rutina, sentarse junto a ella y abrir una conversación capaz de transformar una vida, una ciudad y generaciones enteras.

“Esto no es un accidente de la historia bíblica. Es un patrón que se repite una y otra vez: el hombre no llega al pozo buscando a Cristo; Cristo llega al pozo buscando al hombre.”

En cada momento de ese encuentro descubriremos principios que siguen siendo relevantes hoy. No solo para evangelizar mejor, sino para aprender a amar mejor, escuchar mejor y acompañar mejor a quienes Dios coloca en nuestro camino.

Por esa razón, este material ha sido diseñado como:

- Guía práctica para el evangelismo personal y relacional.
- Material de formación para líderes y nuevos creyentes que buscan dirección.
- Herramienta de activación para evangelismo, discipulado y acompañamiento espiritual.

Pero, por encima de todo, este libro es una invitación a volver al pozo. A volver al lugar donde las conversaciones importan más que los discursos. Donde la gracia precede a la corrección. Donde las personas son vistas antes de ser confrontadas. Donde una vida puede ser transformada por un encuentro genuino.

Aquí no buscamos formar personas que simplemente repitan un mensaje, sino creyentes que reflejen el carácter, la compasión y el corazón de aquel que transformó vidas sentándose junto a las personas. El mundo no necesita únicamente más información bíblica acumulada. Necesita encuentros reales que conduzcan a una transformación real.

Para acompañarte en este viaje, he organizado este recorrido en cuatro principios prácticos inspirados en el camino que observamos junto al pozo, resumidos en el acrónimo AGUA:

A — Acercarse con intención.

G — Ganarse el corazón.

U — Usar la verdad con gracia.

A — Activar propósito, acompañar y enviar.

Cada una de estas etapas forma parte de un mismo recorrido. Un camino que comienza con una persona sedienta y termina con una vida convertida en fuente para otros.

Al finalizar cada bloque de enseñanza encontrarás una invitación para pasar de la reflexión a la acción. Podrás visitar encuen-

trojuntoalpozo.com para desarrollar tu Herramienta de Acción Práctica de manera interactiva o, si lo prefieres, continuar avanzando en la lectura.

Así como aquel día había una vida esperando junto al pozo, hoy siguen existiendo personas que cargan preguntas silenciosas, heridas profundas y una sed que nada de este mundo ha podido saciar. Y siguen necesitando a alguien dispuesto a acercarse. Alguien dispuesto a escuchar. Alguien dispuesto a caminar con ellas el tiempo necesario.

Tal vez, mientras recorres estas páginas, descubras que este llamado no pertenece únicamente a quienes sirven desde una plataforma, un púlpito o un ministerio. Tal vez descubras que este llamado también fue pensado para ti.

Porque antes de convertirnos en instrumentos para alcanzar a otros, todos necesitamos tener nuestro propio encuentro junto al pozo.

MI PROPIO ENCUENTRO JUNTO AL POZO

El poder de ser visto

Recuerdo exactamente qué hora era cuando crucé aquella puerta. Recuerdo que afuera pesaba la tarde y adentro había una luz diferente.

Después de años de huir, de esconderme detrás del ruido y de intentar llenar el vacío con todo lo que el mundo me ofrecía, finalmente llegué al límite de mis propias fuerzas. Aquella pequeña casa donde se estudiaba la Biblia no parecía el escenario de un milagro. No había luces especiales, no había plataforma, no había el brillo que yo asociaba con lo religioso. Solo había unas cuantas personas sentadas en círculo, una Biblia abierta y algo en el aire que no supe nombrar: una honestidad que no me juzgaba.

Me senté simplemente a escuchar. Como alguien que ha caminado mucho bajo el sol y finalmente encuentra un lugar donde descansar, decidí prestar atención a cada palabra. No imaginaba que, mientras escuchaba, Dios ya estaba comenzando a hablarle a mi corazón. Pero algo ocurrió en ese espacio que no había experimentado antes.

No fue un discurso lo que cambió algo dentro de mí. Fue la sensación de ser visto sin ser expuesto. De ser escuchado sin ser interrogado. De ser recibido cuando todavía olía a fracaso.

Lo que ocurrió aquel día no fue simplemente un cambio de religión ni la adopción de nuevas costumbres. Fue algo mucho más profundo. El hombre que cruzó aquella puerta cargando miedo, cansancio y una sed que llevaba años intentando ignorar, salió con una esperanza que jamás había conocido.

Por primera vez comprendí que aquello que había buscado en tantos lugares no era algo que pudiera encontrarse en una botella, en una fiesta o en la aprobación de otras personas. Había una necesidad más profunda que ninguna de esas cosas podía satisfacer.

Durante años intenté sacar agua de pozos vacíos. Y durante años regresé con la misma sed.

Muchas veces me he preguntado qué habría pasado si nadie se hubiera acercado a mí. ¿Qué habría ocurrido si aquella persona hubiera decidido guardar silencio? ¿Si hubiera pensado que yo estaba demasiado lejos, demasiado perdido o endurecido para escuchar? Probablemente hoy mi historia sería muy diferente.

Pero el amor verdadero rara vez se queda observando desde la distancia. Alguien decidió acercarse. Alguien decidió insistir. Alguien decidió mirar más allá de mis errores y ver a la persona que todavía podía llegar a ser.

Con el paso del tiempo entendí que Dios permitió que viviera mi propio encuentro junto al pozo para enseñarme una verdad que transformaría no solo mi vida, sino también mi manera de ver a los demás:

Los grandes milagros suelen comenzar con pequeños actos de obediencia.

- Una invitación.
- Una conversación.
- Una escucha sincera.
- Un paso hacia alguien.

En mi proceso de restauración descubrí algo más: no basta con poseer la verdad; también hay que aprender a llevarla hasta donde están las personas. Eso fue precisamente lo que ocurrió en Samaria.

Mientras muchos evitaban ese camino, un Maestro decidió recorrerlo. Mientras otros veían barreras, él vio una oportunidad. Mientras otros observaban una reputación, él vio una vida con sed.

Él no esperó que ella llegara a donde él estaba. Fue hasta donde ella se encontraba. Se sentó en su realidad. Escuchó su historia. Y abrió una conversación que terminó transformándolo todo.

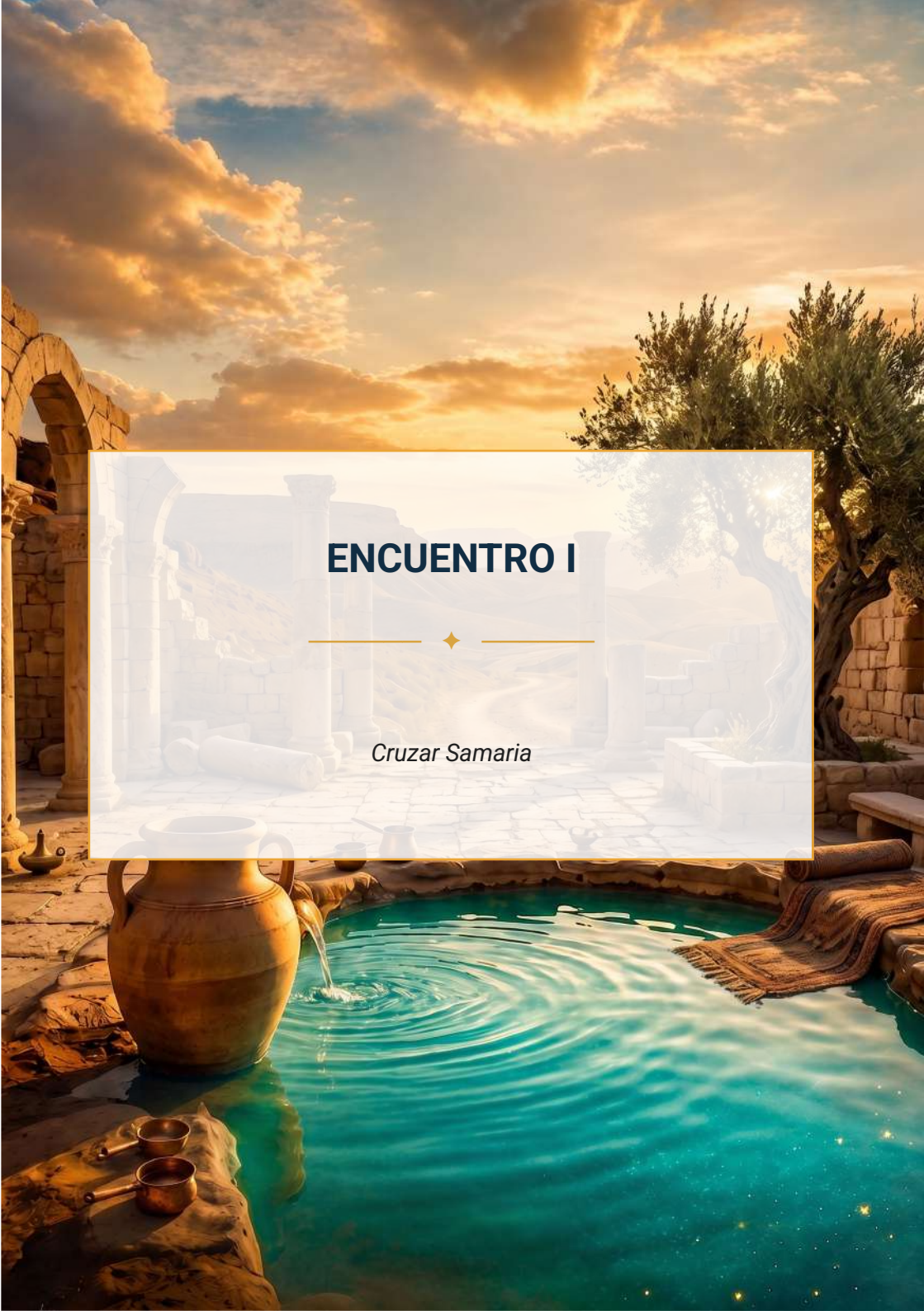
Hoy entiendo que mi testimonio no es solamente un recuerdo de dónde fui rescatado. Es la evidencia de que una vida transformada casi siempre tiene detrás a alguien que decidió acercarse cuando hubiera sido más fácil seguir de largo. Por eso este libro no comienza con estrategias, métodos o fórmulas; comienza con el corazón.

Porque antes de aprender a alcanzar a otros, primero necesitamos aprender a verlos.

Antes de hablar, necesitamos acercarnos. Antes de corregir, necesitamos escuchar. Antes de guiar a alguien hacia la fuente, necesitamos estar dispuestos a sentarnos junto al pozo.

Las páginas que siguen son una invitación a recorrer ese camino. Vamos a observar paso a paso cómo una conversación aparentemente común terminó transformando una vida, impactando a una comunidad y trazando un camino que continúa guiando a quienes desean reflejar el corazón de Cristo.

Y todo comenzó de la misma manera que comenzó mi propia historia de restauración: con alguien que decidió acercarse.



ENCUENTRO I

Cruzar Samaria

A — ACERCARSE CON INTENCIÓN

“Nadie llega al pozo sin antes decidir acercarse.”

JUNTO AL POZO

Hay personas que naturalmente evitaríamos. Personas con las que no sabemos cómo hablar. Personas que parecen demasiado diferentes, que nos incomodan, nos intimidan o simplemente no encajan en nuestros planes. También existen lugares que preferiríamos rodear y conversaciones que desearíamos posponer.

Sin embargo, muchas veces es precisamente allí donde nos espera el propósito.

EL AGUA QUE REVELA

Juan 4:4–7 | Romanos 10:14

Cuando observamos la escena de Juan 4, descubrimos que nada ocurre por accidente. Cada paso tiene intención. Cada movimiento responde a un propósito mayor. Por eso, cuando la Escritura afirma que le era necesario pasar por Samaria, nos está mostrando mucho más que una simple ruta de viaje.

Aquel camino tenía nombre. Tenía rostro. Tenía una historia esperando junto a un pozo.

Mientras muchos evitaban aquella región por prejuicios culturales, diferencias religiosas o heridas acumuladas durante generaciones, él decidió atravesarla. Lo que otros rodeaban, él lo enfrentó. Lo que otros ignoraban, él lo buscó. Lo que otros consideraban indigno de atención, él lo convirtió en prioridad.

Porque detrás de Samaria no veía un problema: veía una persona.

LA NECESIDAD DE PASAR POR SAMARIA

La necesidad de pasar por Samaria no era geográfica; era espiritual. Aquel camino representaba la decisión de acercarse a quienes otros habían aprendido a evitar.

Samaria sigue existiendo hoy. A veces tiene el rostro de una persona herida; otras veces el de alguien etiquetado por su pasado. Puede ser el vecino que todos ignoran, el familiar con quien nadie quiere hablar o el compañero de trabajo que parece demasiado lejos para escuchar. Samaria representa a quienes cargan preguntas que nadie responde, luchas que nadie ve y una sed que intentan ocultar detrás de una apariencia de normalidad.

 **Contexto bíblico** — *La hostilidad entre judíos y samaritanos venía de siglos atrás: una herida de mestizaje, tierra y culto dividido, tan profunda que la mayoría de los judíos rodeaba Samaria por el camino más largo antes que atravesarla. Por eso el texto dice que "le era necesario" pasar por allí: no era la ruta más corta, sino una decisión de-*

liberada de cruzar una frontera étnica y religiosa que casi nadie cruzaba. Que Jesús hablara a solas con una mujer —y precisamente a la hora sexta, el mediodía, cuando ella iba sola al pozo evitando a las demás— rompía dos códigos sociales a la vez. Entender esto no cambia la aplicación del pasaje, pero sí revela que "cruzar Samaria" costaba mucho más de lo que solemos imaginar.

Y aquí encontramos una verdad que confronta nuestra manera de vivir:

Muchos desean llegar a Galilea, pero pocos están dispuestos a atravesar Samaria.

Muchos anhelan ver fruto, pero pocos aceptan las interrupciones que suelen preceder la cosecha. Sin embargo, el evangelismo comienza cuando dejamos de ver a las personas como interrupciones y comenzamos a verlas como parte del propósito.

La conversación junto al pozo tampoco comenzó con un sermón. Comenzó con una petición sencilla: "Dame de beber". Una frase cotidiana. Una conversación común. Un puente.

Porque muchas veces los encuentros que transforman vidas comienzan de maneras extraordinariamente simples.

LAS AGUAS DE MI HISTORIA

Dos años para una invitación de tres segundos

La primera vez que escuché esta historia me quedé en silencio.

Me hizo comprender algo que jamás había considerado: la persona que Dios usaría para acercarme a él, al principio, no quería acercarse a mí.

Trabajábamos juntos durante largas jornadas. Yo seguía mis propios caminos y no tenía ningún interés en buscar a Dios. Mientras tanto, en el corazón de aquel compañero se desarrollaba una batalla que nadie podía ver. No era una lucha contra un pecado evidente; era una lucha contra sus propios prejuicios. Simplemente, yo no le agradaba.

Si hubiera seguido sus emociones, nuestras historias jamás se habrían cruzado. Pero Dios le estaba enseñando una lección que más tarde también me enseñaría a mí: muchas veces nuestra Samaria no es un lugar, es una persona.

Es aquel compañero que evitamos. Aquel vecino al que apenas saludamos. Aquel familiar con quien hemos levantado distancia. Durante casi dos años Dios trabajó en su corazón. Le enseñó a mirar con compasión donde antes solo veía diferencias. Porque antes de preparar el terreno para una conversación, muchas veces Dios prepara el corazón de quien dará el primer paso.

Finalmente llegó el momento.

No hubo campañas masivas ni grandes discursos. Solo una invitación sencilla en medio de una jornada de trabajo común. Recuerdo que aquel día él estaba invitando a otro compañero. Yo pasé cerca mientras conversaban y, al verme, me dijo:

—A ti también te invito.

Seguí caminando como si no hubiera escuchado nada.

En aquel tiempo me avergonzaba que me relacionaran con mi

compañero. Algunos se burlaban de él por su fe, y yo no quería convertirme en motivo de las mismas burlas. Así que preferí ignorar la invitación y continuar con mis labores.

Pero algo quedó resonando dentro de mí.

Había algo en su vida que no podía ignorar. Su paz despertaba preguntas. Su coherencia despertaba curiosidad. Mientras más lo observaba, más evidente se volvía que había algo diferente en él.

Poco después regresó a su lugar de trabajo. Y entonces ocurrió algo que no había planeado.

Esta vez fui yo quien se acercó.

Caminé hasta donde estaba y le hice una pregunta sencilla:

—¿Cuándo se reúnen?

Aquella pregunta pareció pequeña. Apenas unas palabras en medio de un día cualquiera. Sin embargo, terminó convirtiéndose en el paso que me conduciría al encuentro más importante de mi vida.

En ese momento no lo sabía, pero aquel breve acercamiento me estaba llevando hacia una Fuente que podía saciar una sed mucho más profunda de la que yo mismo reconocía.

Con el tiempo comprendí algo que entonces no podía ver: aquella conversación no comenzó el día que hice la pregunta. Había comenzado mucho antes, cuando alguien decidió obedecer a Dios por encima de sus emociones, sus prejuicios y su comodidad.

A veces los actos de obediencia más poderosos son también los más silenciosos.

“Dios invirtió dos años preparando un corazón para pronunciar

tres segundos de obediencia. Y usó esos tres segundos para cambiar el rumbo de una vida entera.”

UNA GOTA DE VERDAD

El evangelismo comienza con obediencia, no con comodidad.

Con frecuencia esperamos sentirnos preparados, seguros o capaces antes de dar un paso. Sin embargo, la obediencia nos llevará a lugares que la comodidad jamás visitará.

PASOS JUNTO AL POZO

Piensa por un momento en tu rutina diaria:

- ¿Hay alguien a quien has estado evitando?
- ¿Existe alguna conversación que llevas demasiado tiempo posponiendo?
- ¿Hay alguna Samaria que has estado rodeando en lugar de atravesar?

Esta semana no intentes cambiar la vida de nadie. Simplemente da un paso: escucha, pregunta, acércate, interésate genuinamente. A veces una conversación sencilla es el comienzo de una transformación que todavía no puedes imaginar.

ANTES DE SEGUIR EL CAMINO...

Toda historia de transformación comienza cuando alguien decide cruzar la distancia. A veces ese paso parece pequeño: una conversación, una invitación, un gesto de interés. Pero detrás de cada encuentro suele existir una persona que estuvo dispuesta a atravesar su propia Samaria.

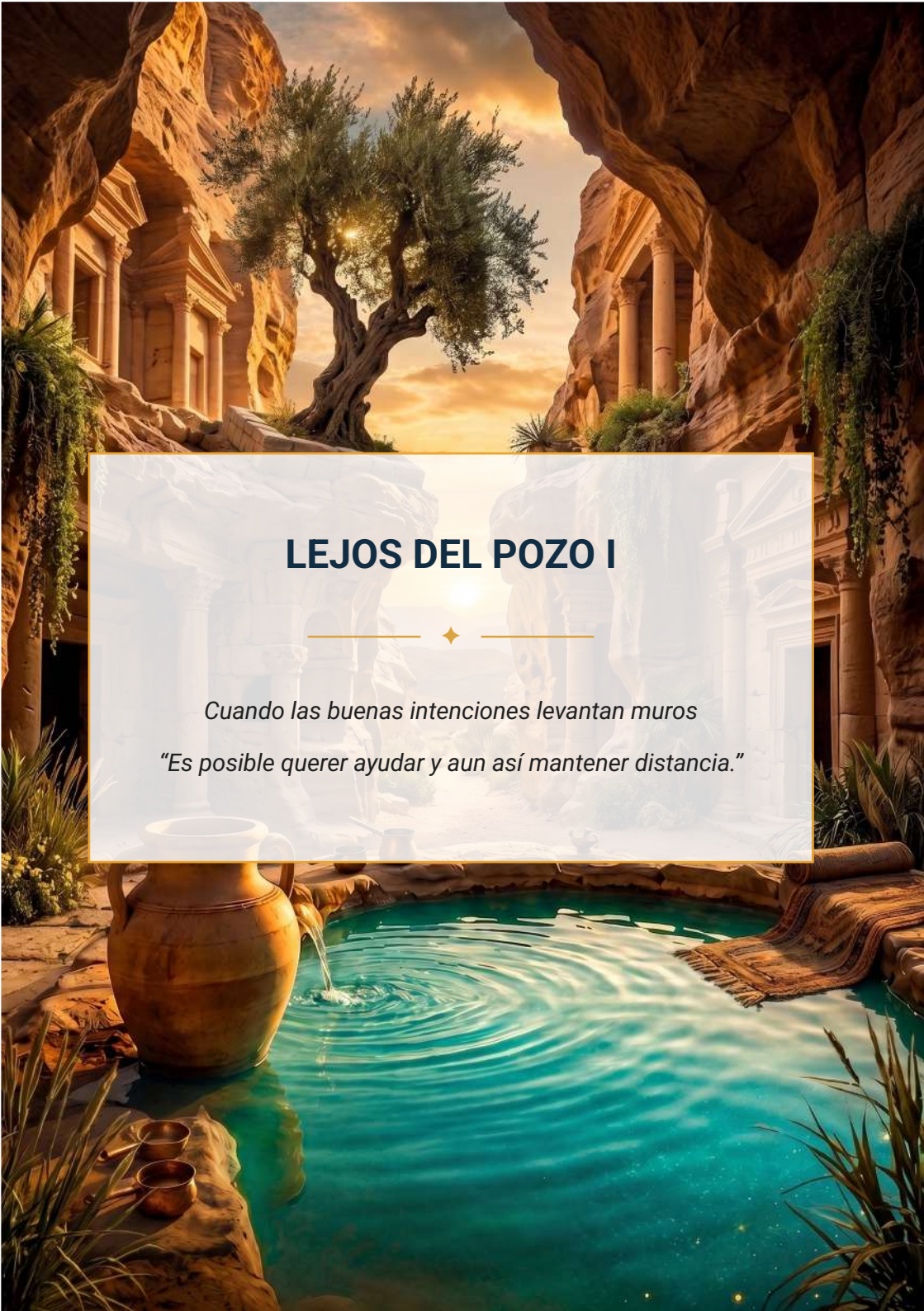
Quizá hoy sientes que dar ese paso está más allá de tu capacidad. Que tus palabras no serán suficientes, que tu acercamiento será rechazado, que tu propia historia es un obstáculo en lugar de un puente. Pero recuerda: el mismo que dijo “Dame de beber” es quien te sostiene mientras das el primer paso. No necesitas tener todas las respuestas. Solo necesitas obedecer. Y confiar que aquel que puso la sed en el corazón del otro, también ha preparado el terreno para que tu paso dé fruto.

EL SIGUIENTE TRAMO DEL CAMINO

Sin embargo, acercarse no siempre garantiza conectar. Podemos dar el primer paso y aun así levantar barreras sin darnos cuenta. Podemos tener buenas intenciones y, al mismo tiempo, cerrar puertas que esperábamos abrir.

Por eso, antes de continuar nuestro recorrido junto al pozo, necesitamos detenernos a observar algunos obstáculos que pueden convertir un acercamiento sincero en una oportunidad perdida. Eso es precisamente lo que descubriremos en nuestra próxima parada.

Porque dar el paso es solo el comienzo. Lo que sucede después de acercarnos determina si el corazón del otro decide quedarse... o alejarse.



LEJOS DEL POZO I

Cuando las buenas intenciones levantan muros

"Es posible querer ayudar y aun así mantener distancia."

EL AGUA QUE ADVIERTE

Juan 4:9

Muchas personas tienen un deseo sincero de hablar de Cristo, pero no siempre saben cómo hacerlo. Hay amor, pasión e incluso una profunda urgencia en el corazón. Sin embargo, algo falla en el momento de acercarse. Sin darse cuenta, en lugar de construir puentes, terminan levantando barreras que dificultan la conexión.

“¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana?”

El problema no siempre es la falta de intención; muchas veces es la falta de sabiduría. No todo acercamiento construye puentes. Algunas formas de acercarse, aunque nacen de un corazón sincero, terminan levantando muros invisibles.

Cuando observamos la conversación junto al pozo, descubrimos algo importante: él se acercó de una manera tan sabia, sensible e intencional que, aun cuando la mujer se sorprendió por la ruptura de barreras culturales, decidió quedarse. El primer milagro que ocurre cuando aprendemos a acercarnos correctamente es que el corazón del otro decide quedarse.

Tres obstáculos que nos alejan del pozo

1. Cuando esperamos junto al pozo equivocado

Él no esperó en Jerusalén ni en el templo. Entendía que la misión no es estática; es un movimiento constante hacia las personas. Muchas veces esperamos que quienes tienen sed lleguen hasta nuestros espacios o reuniones. Sin embargo, el camino que observamos

junto al pozo es diferente: él fue hacia donde estaba la necesidad. Esperar que las personas vengan puede parecer más cómodo, pero la comodidad rara vez transforma vidas.

2. Cuando hablamos antes de descubrir la sed

Él conocía la historia de la mujer, pero no comenzó por ahí. Primero habló de agua. Primero escuchó. Creó un espacio seguro. Muchas veces queremos corregir antes de comprender y confrontar antes de conectar. Pero los corazones rara vez se abren donde se sienten examinados; se abren donde se sienten comprendidos.

*“Precipitarse a responder antes de escuchar los hechos es una
necedad y una vergüenza.”*

— Proverbios 18:13 (NTV)

3. Cuando olvidamos que también fuimos sedientos

Él eligió acercarse desde la humildad con una frase sencilla: “Dame de beber”. La superioridad espiritual siempre crea barreras; la humildad crea conexión. Nunca debemos olvidar que nosotros también estuvimos perdidos y necesitábamos gracia. El evangelio no consiste en demostrar quién tiene más respuestas, sino en acompañar a otros hasta la Fuente.

LAS AGUAS DE MI HISTORIA

Volver al mismo lugar... siendo otra persona

Habían pasado apenas unos meses desde mi encuentro con Cristo. Mientras más experimentaba la gracia, más difícil me resultaba olvidar los rostros de quienes seguían en las calles donde yo solía estar. Yo sabía exactamente cómo se sentían: conocía la sensación de reír por fuera mientras algo se apagaba por dentro.

Entonces una pregunta comenzó a acompañarme a todas partes: ¿Quién les hablará si yo no lo hago?

Decidí regresar a los mismos lugares: las mismas calles, los mismos grupos. Pero esta vez todo era diferente. Ellos seguían siendo los mismos; yo ya no. Les hablaba de libertad y de paz, esperando ver en ellos la misma reacción que hubo en mí, pero muchas veces no sucedía nada. Algunos escuchaban por educación; otros evitaban la conversación; y algunos se burlaban abiertamente de mi nueva fe.

Regresaba a casa frustrado. Durante mucho tiempo pensé que el problema estaba en ellos, hasta que Dios me mostró la verdad: el problema no era el mensaje; yo todavía estaba aprendiendo a acercarme.

Había regresado a Samaria, pero aún no había aprendido a sentarme junto al pozo. Descubrí que:

- Quería hablar antes de escuchar.
- Quería corregir antes de comprender.
- Quería ver resultados antes de aprender a amar.

Comprendí que, mientras yo intentaba alcanzar personas, Dios estaba formando al hombre que algún día enviaría para alcanzarlas. Antes de usar nuestra voz para hablar a las personas, él quiere enseñarnos a mirarlas con sus ojos.

UNA GOTA DE VERDAD

La pasión sin sabiduría produce frustración. El celo sin amor produce rechazo. El mensaje correcto con la actitud incorrecta pierde su impacto.

PASOS JUNTO AL POZO

Antes de acercarte a alguien esta semana, examina tu corazón:

- ¿Estoy esperando que vengan o estoy dispuesto a ir?
- ¿Estoy escuchando realmente o solo espero mi turno para hablar?
- ¿Me acerco desde la humildad o desde una posición de superioridad?

Recuerda: el objetivo no es ganar argumentos, es abrir corazones.

TU CÁNTARO PARA ESTA SEMANA

HERRAMIENTA DE ACCIÓN: PASO A

Reflexiona sobre una conversación reciente en la que sentiste que levantaste un muro en lugar de un puente. Escribe qué harías diferente y pídele al Señor que te muestre si hay alguien a quien necesites acercarte de nuevo, esta vez con sus ojos.

SI DESEAS CONTINUAR EL RECORRIDO...



Si deseas profundizar este proceso, descarga la herramienta práctica de seguimiento y discipulado.

A — Acercarse con intención.

Escanea el código QR o visita
encuentrosjuntoalpozo.com

ANTES DE SEGUIR EL CAMINO...

Él no solo sabía a dónde ir, también sabía cómo llegar.

Su manera de acercarse no levantaba defensas; abría puertas. No imponía verdades desde afuera, sino que creaba un espacio donde el corazón podía hablar sin miedo.

Porque antes de que una verdad sea recibida, el corazón necesita sentirse visto.

Y cuando eso ocurre, algo empieza a cambiar sin presión, sin fuerza, sin ruido... como si las barreras internas comenzaran a aflojarse lentamente.

EL SIGUIENTE TRAMO DEL CAMINO

No todo comienza con una respuesta; a veces comienza con una conexión. Cuando el corazón se siente visto, la sed habla y el terreno se prepara para algo más allá de las palabras. Por eso, en nuestro próximo encuentro, escucharemos lo que el corazón dice en silencio: antes de sembrar verdad, el amor debe preparar la tierra. Allí nos espera el Encuentro II: Cuando la sed comienza a hablar.

ENCUENTRO II

Relación antes que corrección

G – GANARSE EL CORAZÓN

“Antes de que la verdad sea recibida, el corazón necesita sentirse ganado.”

JUNTO AL POZO

Puedes tener las palabras correctas, el mensaje correcto e incluso las mejores intenciones. Sin embargo, si no logras conectar con el corazón de una persona, difícilmente influirás en su vida.

Las personas rara vez cambian porque alguien les ganó una discusión. Con frecuencia cambian cuando experimentan una verdad que encuentra espacio en su interior y comienza a transformar aquello que, durante años, permaneció cerrado.

Por eso, cuando observamos al Maestro junto al pozo, descubrimos que nunca comenzó sus encuentros intentando producir cambios inmediatos. Antes de confrontar, construía conexión. Antes de corregir, despertaba interés. Antes de señalar una herida, mostraba que existía esperanza.

EL AGUA QUE REVELA

Juan 4:10–12 | Mateo 12:20

“Respondió Jesús y le dijo: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva.”

— Juan 4:10

Él sabía perfectamente quién era aquella mujer. Conocía sus heridas y los intentos fallidos de saciar una sed que seguía regresando. Sin embargo, no abrió la conversación señalando sus errores ni exponiendo su pasado. Primero despertó su interés; sembró curiosidad; habló de esperanza. Le habló de agua viva.

El corazón humano rara vez se abre bajo presión. Se abre cuando encuentra un espacio seguro para escuchar, preguntar y descubrir. Muchos de nosotros queremos acelerar procesos y ver decisiones instantáneas, pero aquel que se sentó junto al pozo entendía que una transformación profunda requiere paciencia. Escuchaba, observaba y esperaba el momento correcto.

El corazón siempre es el terreno

Una verdad entregada antes de tiempo puede ser rechazada, aun cuando sea verdadera. Por eso es necesario preparar el terreno antes de sembrar la semilla.

A menudo pensamos que el problema de las personas es la falta de información, pero normalmente es algo más profundo: necesitan sentirse vistas. Cuando alguien percibe amor genuino, sus defensas bajan. Eso no significa ignorar la verdad, sino administrarla con sabiduría.

- La verdad sin amor puede herir.
- El amor sin verdad puede desviar.
- Pero cuando ambos caminan juntos, producen transformación.

 **Principio pastoral** — *"Ganarse el corazón" no es una técnica de persuasión ni una estrategia de influencia; su origen y su límite están en el carácter de Dios, no en un resultado que busquemos producir. La diferencia entre ganar un corazón y manipularlo es la intención: la manipulación busca un resultado para quien confronta; el amor genuino busca el bien de la persona, incluso si esa persona nunca responde como esperamos.*

LAS AGUAS DE MI HISTORIA

No intentó corregirme... decidió quedarse

Esta historia ocurrió durante mis primeros días caminando con Dios.

Había comenzado a conocerle y, mientras más le buscaba, más preguntas aparecían en mi interior. Algunas eran sencillas. Otras no tanto. Entre ellas había dos que regresaban constantemente a mi mente: ¿existe realmente el cielo? ¿Existe realmente el infierno?

Lo que comenzó como una búsqueda sincera de respuestas pronto se convirtió en una etapa de profunda confusión. Diferentes corrientes religiosas comenzaron a cruzarse en mi camino. Escuchaba distintas voces, distintas interpretaciones y distintas explicaciones acerca del Padre. Cada una parecía tener argumentos convincentes. Cada una aseguraba poseer la verdad. Mientras intentaba encontrar claridad, terminé más confundido que antes.

Incluso llegué a vivir experiencias espirituales que no provenían de Dios. Aquello me dejó inquieto. Había cosas que no entendía y que despertaron aún más preguntas dentro de mí. Por primera vez sentí que estaba entrando en un terreno donde ya no sabía distinguir con claridad qué venía de la verdad y qué provenía del engaño.

Llegó un momento en que me sentí agotado. Ya no quería seguir persiguiendo respuestas por mi cuenta. Así que hice una oración sencilla, pero completamente honesta. Recuerdo haberle dicho a Dios:

—Padre, si existen tantas religiones, muéstrame cuál es la verdadera. Muéstrame el camino correcto. Gracias Padre querido y

amado porque sé que me has escuchado.

No fue una oración elaborada. Fue el clamor de alguien que estaba cansado de la confusión y que deseaba encontrar la verdad.

Y Dios respondió.

No lo hizo a través de una voz audible. No lo hizo mediante una señal espectacular. Lo hizo a través de una persona que ya había formado parte de mi historia.

Por aquellos días me había alejado un poco. Las dudas me habían llevado a tomar distancia. Había dejado de congregarme con la misma frecuencia y me encontraba procesando muchas cosas en silencio. Entonces, un día, mientras trabajábamos, aquella persona que me había guiado a Cristo se acercó y me hizo una pregunta sencilla:

—¿Qué te pasa?

Parecía una pregunta común. Pero detrás de ella había algo que yo necesitaba más de lo que imaginaba: interés genuino.

No llegó con acusaciones. No llegó señalando mis errores. No llegó intentando corregirme. Llegó dispuesto a escuchar.

Y eso cambió todo.

Durante nuestras conversaciones pude abrir mi corazón y compartir las dudas que me estaban consumiendo. Hablé de mi confusión. Hablé de mis preguntas. Hablé de las experiencias que había vivido y que no lograba comprender.

Él escuchó. Simplemente escuchó.

Y mientras más hablábamos, más comprendía algo que hasta ese momento había pasado por alto: antes de recibir respuestas, necesitaba confiar en quien me estaba ayudando a encontrarlas.

Luego, después de escuchar todo lo que estaba viviendo, me dijo una frase que quedó grabada en mi corazón:

—No le creas a Satanás, porque él es padre de mentira.

Aquellas palabras llegaron en el momento exacto. No sonaron como una reprensión. Sonaron como dirección.

Y poco a poco, mientras conversábamos, Dios comenzó a responder aquella oración que había hecho hace minutos antes. Mi amigo habló:

—Jesús dijo: ¡Yo soy el camino, la verdad y la vida!

Comprendí que mi búsqueda había estado enfocada en encontrar la religión correcta, cuando la respuesta siempre había sido una Persona. Entendí que no son las religiones las que nos llevan al Padre. Es Cristo.

La respuesta que había pedido en oración no llegó primero como una explicación teológica. Llegó en forma de alguien que estuvo dispuesto a caminar conmigo hasta que mi corazón estuviera listo para escuchar la verdad.

Hoy miro hacia atrás y entiendo algo que el Señor modeló perfectamente junto al pozo. Las personas rara vez abren su corazón porque alguien tiene todas las respuestas.

Lo abren cuando encuentran a alguien dispuesto a quedarse.

Porque muchas veces la verdad entra por la misma puerta que abrió el amor.

¿Cuántas veces alguien me abrió su corazón... y yo respondí con una cita antes que con mi presencia?

UNA GOTA DE VERDAD

La transformación rara vez comienza con un argumento; comienza cuando alguien está dispuesto a caminar a tu lado.

“La caña cascada no quebrará, y el pábilo que humea no apagará.”

— Mateo 12:20

PASOS JUNTO AL POZO

Si queremos caminar como él caminó, debemos aprender a valorar los procesos. Pregúntate esta semana:

- ¿Estoy intentando ayudar o solamente convencer?
- ¿Escucho con interés genuino o solo espero mi turno para hablar?
- ¿Estoy dispuesto a caminar con las personas o solo quiero resultados rápidos?

Recuerda: el objetivo nunca es ganar una conversación. El objetivo es ganar el corazón.

ANTES DE SEGUIR EL CAMINO...

Ganar el corazón no es una estrategia humana; es una expresión del corazón de Dios. Él no comenzó exigiendo cambios, comenzó despertando esperanza.

Quizá hoy te encuentras frente a alguien cuyas respuestas te parecen rebeldes, cuyas dudas te inquietan o cuyo silencio te desespera. Antes de hablar, recuerda que el mismo Jesús que tuvo paciencia con la mujer junto al pozo, tiene paciencia contigo. No te pide perfección; te pide presencia. No necesitas tener todas las respuestas. Necesitas estar dispuesto a quedarte cuando todos los demás se han ido. Y en esa permanencia, Dios hará lo que solo él puede hacer: abrir un corazón que tú no puedes abrir.

EL SIGUIENTE TRAMO DEL CAMINO

Sin embargo, al compartir nuestra fe surge un peligro: el deseo de tener la razón. No toda discusión acerca de Dios produce vida: ganar una conversación no es ganar un corazón. Cuando el afán de vencer levanta los muros que intentamos derribar, nuestra actitud contradice nuestras palabras. Por eso, examinemos qué sucede cuando hablamos de Cristo sin reflejarlo, como veremos en la próxima parada.



LEJOS DEL POZO II

— ◆ —

Cuando tener razón importa más que amar

“La verdad más pura puede convertirse en arma si no va envuelta en gracia.”

EL AGUA QUE ADVIERTE

Juan 4:13–15 | 1 Corintios 13:1

Hay conversaciones que abren puertas y otras que las cierran. Hay palabras que acercan a las personas a la fuente de agua viva y otras que, aun siendo verdaderas, pueden alejarlas cuando no son administradas con sabiduría.

Uno de los errores más comunes al compartir nuestra fe aparece cuando el deseo de comunicar la verdad se transforma, lentamente, en la necesidad de tener razón. Dejamos de enfocarnos en la persona para enfocarnos en el argumento. Entonces la conversación deja de ser un puente y se convierte en un campo de batalla.

Él nunca tuvo como objetivo ganar debates; su propósito siempre fue alcanzar corazones. Por eso, cuando observamos su encuentro en Samaria, descubrimos que no intentó demostrar superioridad, no buscó imponerse, no respondió para vencer. Permaneció enfocado en la persona.

Cuando el argumento ocupa el lugar de la persona

La conversación junto al pozo comenzaba a profundizarse. Él había despertado una necesidad espiritual que la mujer todavía no comprendía, pero algo dentro de ella se estaba abriendo. Por primera vez vemos interés, hambre y disposición.

Es precisamente en este punto donde muchas conversaciones fracasan. Cuando alguien abre su corazón, tenemos la tentación de acelerar el proceso: queremos responderlo todo y corregir cada idea equivocada. Pero el Maestro no presionó una decisión. No convirtió

el momento en una discusión. Continuó guiando el corazón hacia una verdad más profunda.

Él entendía algo que nosotros solemos olvidar: una conversación puede aumentar el conocimiento sin producir transformación. El objetivo no era que ella comprendiera un concepto, sino que tuviera un encuentro.

Cuando defender la verdad se vuelve defender el orgullo

Muchas veces comenzamos queriendo ayudar, pero terminamos queriendo demostrar. Lo que nació como una oportunidad para amar se convierte en una batalla por ver quién tiene la respuesta más fuerte.

La verdad sin amor produce ruido. La verdad acompañada de amor produce transformación.

"Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe."

— 1 Corintios 13:1

 **Principio pastoral** — Esta advertencia no elimina el lugar legítimo de defender la fe con argumentos. Pedro mismo escribe: "estad siempre preparados para presentar defensa... pero hacedlo con mansedumbre y reverencia" (1 Pedro 3:15). La diferencia entre apologética y orgullo no está en si se usan argumentos, sino en el corazón que los sostiene: la apologética sirve a la persona que pregunta; el debate orgulloso sirve a quien quiere tener la razón.

LAS AGUAS DE MI HISTORIA

La vez que tuve razón... pero no representé a Cristo

Llevaba poco tiempo caminando con él. Sentía un hambre profunda por aprender y una necesidad igual de fuerte por compartir lo que descubría. Hablaba de Jesús con cualquiera dispuesto a escuchar.

Recuerdo una conversación en particular que comenzó tranquila, pero en algún momento algo cambió dentro de mí. Dejé de tratarse de la persona frente a mí y comenzó a tratarse de mí mismo. Dejé de escuchar y comencé a responder para ganar. Busqué un versículo contundente y lo cité.

El efecto fue inmediato: silencio. Nadie respondió, nadie contradijo. Técnicamente, había ganado. La Biblia respaldaba mis palabras. Pero mientras regresaba a casa, una incomodidad crecía en mi interior. Había comunicado la verdad, pero no había reflejado el corazón de aquel a quien seguía.

- Mis palabras eran correctas; mi actitud no.
- Hablé desde la confrontación, no desde el amor.
- Intenté cerrar una discusión y terminé cerrando un corazón.

El Maestro nunca utilizó la verdad para exhibir superioridad; la utilizó para restaurar. Yo había aprendido a usar versículos, pero todavía estaba aprendiendo a parecerme a él.

Se puede ganar una discusión mientras se pierde una oportunidad preciosa de representar a Cristo.

UNA GOTA DE VERDAD

La verdad pierde fuerza cuando deja de parecerse al corazón que la envió. El objetivo del evangelio nunca ha sido vencer personas; ha sido alcanzarlas.

PASOS JUNTO AL POZO

Antes de responder una pregunta difícil esta semana, detente y pregúntate:

- ¿Estoy intentando ayudar o demostrar que tengo razón?
- ¿Mis palabras reflejan el corazón de Cristo?
- ¿Busco ganar una discusión o alcanzar a una persona?

Aprende a discernir cuándo explicar, cuándo preguntar y cuándo simplemente permanecer.

TU CÁNTARO PARA ESTA SEMANA

HERRAMIENTA DE ACCIÓN: PASO G

Revisa tus últimas tres conversaciones sobre fe. ¿En alguna de ellas priorizaste tener razón sobre escuchar? Escribe un breve compromiso de cómo abordarás la próxima conversación diferente, eligiendo la conexión antes que la corrección.

SI DESEAS CONTINUAR EL RECORRIDO...



Si deseas profundizar este proceso, descarga la herramienta práctica de seguimiento y discipulado.

G — Ganarse el corazón.

Escanea el código QR o visita
encuentrosjuntoalpozo.com

ANTES DE SEGUIR EL CAMINO...

El evangelio no fue diseñado para imponerse mediante la fuerza de los argumentos, sino para abrir caminos en el corazón. Las personas rara vez recuerdan cada dato, pero sí recuerdan quién las trató con dignidad y quién las amó.

Si hoy miras hacia atrás y reconoces que, como yo, has ganado discusiones, pero has perdido oportunidades, hay gracia para ti. El mismo que moldeó la paciencia junto al pozo está dispuesto a moldear la tuya. No necesitas ser el más elocuente. Necesitas ser el más parecido a él. Y eso comienza cuando decides que el corazón de la otra persona vale más que tu necesidad de tener la última palabra.

EL SIGUIENTE TRAMO DEL CAMINO

¿Cómo compartimos una verdad que confronta sin herir? No basta con decirla; hay que administrarla con gracia. Cuando el corazón ya se siente visto, llega el momento de hablar con la valentía que sana, no la que aplasta: allí, donde la verdad y la gracia caminan juntas, nos espera el siguiente paso junto al pozo.



ENCUENTRO III

La verdad que sana

U — USAR LA VERDAD CON GRACIA

“Decir la verdad no siempre produce transformación. Decirla con gracia sí.”

JUNTO AL POZO

Decir la verdad no siempre produce transformación. A veces puede herir. Puede endurecer. Incluso puede alejar a las personas. No porque la verdad sea incorrecta, sino porque fue mal administrada.

La diferencia no está únicamente en lo que se dice. Está en cómo se dice. Cuando se dice. Y en el corazón desde el cual se comunica. Después de aprender que no basta con tener razón, surge una pregunta inevitable: ¿cómo compartimos una verdad que puede confrontar sin destruir? ¿Cómo hablamos de aquello que necesita cambiar sin apagar la pequeña llama que todavía permanece encendida?

La respuesta vuelve a encontrarse junto al pozo.

EL AGUA QUE REVELA

Juan 4:16–18 | Efesios 4:15

“Jesús le dijo: Ve, llama a tu marido, y ven acá.”

— Juan 4:16

La conversación había llegado a un momento decisivo. Después de despertar sed espiritual, después de hablar del agua viva y después de ganarse el corazón de aquella mujer, el Maestro se acercó al lugar más sensible de su historia.

No evitó el tema. No cambió de conversación. No ignoró aquello que necesitaba ser transformado. Pero tampoco actuó con dureza. No utilizó la verdad para exponerla. La utilizó para restaurarla. Y eso marca toda la diferencia.

Hasta este momento, él había recorrido un proceso intencional: primero se acercó. Luego construyó conexión. Después despertó interés. Más tarde reveló una necesidad más profunda. Y solo entonces habló de aquello que debía ser confrontado.

Porque la verdad, aunque poderosa, necesita el ambiente correcto para producir vida. La confrontación correcta no destruye, restaura. No humilla, redime. No aleja, acerca. Él no comenzó diciendo: “Eres una pecadora”. Simplemente dijo: “Ve, llama a tu marido”. Fue claro, directo y, sobre todo, estuvo lleno de gracia.

 **Contexto bíblico** — *Cinco matrimonios y una convivencia sin matrimonio (Juan 4:18) no eran, en esa cultura, un dato neutro: probablemente hablaban de repudios sucesivos, viudez o una posición social tan frágil que la dejaba sin protección legal ni honor público. Por eso iba sola al pozo al mediodía, evitando a las demás mujeres. Jesús no ignora ese dato ni lo usa para exhibirla: lo nombra con precisión y sigue sosteniendo la conversación. Eso es lo que el texto llama gracia con verdad, no una u otra.*

Cuando la verdad abre camino a la restauración

La verdad tiene la capacidad de revelar aquello que permanece oculto. Puede iluminar rincones donde llevamos años escondiéndonos o mostrar caminos que se han torcido. Pero cuando es presen-

tada sin amor, ese mismo poder puede producir daño.

Él no se quedó en los síntomas; fue a la raíz. Pero lo hizo con una sensibilidad tan profunda que la mujer no salió huyendo: permaneció. Eso es gracia: decir la verdad sin perder el corazón de la persona.

A menudo confundimos confrontar con herir, o pensamos que hablar fuerte es hablar con autoridad. Pero debemos entender la diferencia:

- La verdad mal administrada: expone sin restaurar, acusa sin acompañar, señala sin esperanza y endurece en lugar de sanar.
- La verdad administrada con gracia: revela con amor, produce quebranto genuino, guía hacia el arrepentimiento y abre camino a la restauración.

“Sino que, siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo.”

— Efesios 4:15

LAS AGUAS DE MI HISTORIA

Cuando Dios usó a mi pastor para confrontarme con gracia

Hay etapas en la vida donde Dios toca lugares profundos. Durante semanas intenté lidiar con una lucha en silencio, pensando que la resolvería con esfuerzo propio, pero mientras más la ocultaba, más evidente se volvía.

Abrir el corazón nunca es sencillo, especialmente cuando tememos que la gracia tenga límites. Finalmente decidí hablar con mi pastor. Llegué preparado para una conversación difícil; esperaba corrección, confrontación e incluso salir avergonzado. Pero Dios tenía preparado algo diferente.

Mi pastor no ignoró la realidad ni minimizó lo que necesitaba cambiar, pero tampoco usó la verdad como un arma. Primero escuchó, con paciencia e interés genuino. Mientras él hablaba, algo dentro de mí comenzó a derrumbarse. No eran las palabras; era la gracia.

Cuando respondió, sus palabras fueron firmes, bíblicas y claras, pero tan llenas de compasión que nunca me sentí rechazado. Me mostró la realidad y también la esperanza; me señaló el camino y caminó conmigo hacia él. Salí de aquella conversación comprendiendo que:

- La autoridad espiritual no existe para aplastar; existe para restaurar.
- La verdad de Dios no viene para destruirnos; viene para reconstruirnos.

Como un alfarero que trabaja el barro con firmeza y ternura al mismo tiempo, comprendí que la gracia que me sostuvo aquel día debía convertirse en la misma gracia con la que yo sostendría a otros.

UNA VERDAD QUE PRODUCE ADORADORES

Cuando la sed encuentra la Fuente

La conversación junto al pozo había llegado a un punto inesperado.

Todo comenzó con una petición sencilla de agua. Después vino una conversación que atravesó barreras, tocó heridas y expuso verdades que durante años habían permanecido ocultas. Poco a poco, aquella mujer pasó de la curiosidad a la reflexión, de la reflexión al reconocimiento y del reconocimiento a una búsqueda más profunda.

Entonces la conversación tomó un rumbo diferente. La mujer comenzó a hablar de adoración.

A simple vista parece un cambio de tema. Pero no lo es. Porque cuando la verdad alcanza el corazón, inevitablemente conduce a la adoración.

La sed la había llevado hasta el pozo. La verdad ahora la estaba llevando hacia la fuente.

Por eso la respuesta no fue una discusión sobre montes, tradiciones o sistemas religiosos. La conversación fue dirigida hacia algo mucho más profundo:

*“Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores
adorarán al Padre en espíritu y en verdad...”*

— Juan 4:23

Es interesante observar lo que el Padre estaba buscando. No dijo que buscaba personas llenas de argumentos. No dijo que buscaba expertos en debates. No dijo que buscaba simplemente personas capaces de hablar. Dijo que buscaba adoradores.

Porque el propósito final nunca fue solamente corregir una conducta. Tampoco fue únicamente revelar una verdad. El propósito era restaurar una relación.

La adoración nace precisamente allí: cuando una persona deja de buscar solamente respuestas y comienza a encontrarse con aquel que puede saciar su sed.

Muchas veces reducimos la adoración a un momento, una canción o una reunión. Sin embargo, la adoración comienza mucho antes de levantar las manos. Comienza cuando el corazón se rinde. Cuando la verdad deja de ser información y se convierte en transformación.

- Un verdadero adorador aprende a confiar cuando atraviesa el desierto.
- Aprende a obedecer cuando todavía no entiende todo el camino.
- Aprende a permanecer cuando otros abandonan.
- Aprende a honrar cuando nadie lo observa.
- Aprende a caminar por fe cuando todavía no ve la cosecha.

Por eso la adoración no es solamente una expresión. Es una forma de vivir.

Y quizás aquí encontramos una de las verdades más importantes de todo este recorrido junto al pozo. El objetivo no es formar personas que simplemente compartan información bíblica. El objetivo es formar personas que reflejen el corazón del Padre.

Porque una persona puede aprender métodos, estrategias y herramientas. Puede saber cómo acercarse. Puede aprender a ganar el corazón. Puede incluso aprender a comunicar la verdad con gracia. Pero si nunca llega a la fuente, tarde o temprano terminará sirviendo desde sus propias fuerzas.

Los verdaderos adoradores son diferentes. No viven de recuerdos. No dependen únicamente de experiencias pasadas. Han aprendido a permanecer cerca de la fuente. Y por eso siguen teniendo agua para ofrecer a otros.

Antes de convertirse en ríos que alcanzan ciudades, primero aprendieron a permanecer junto a la fuente. Antes de ser enviados, aprendieron a adorar. Antes de influir en otros, permitieron que Dios transformara su propio corazón.

La mujer samaritana todavía no lo sabía, pero algo nuevo estaba naciendo dentro de ella. Ya no era solamente una mujer con sed. Ya no era solamente alguien que había recibido una conversación transformadora.

Comenzaba a convertirse en una adoradora.

Y cuando una vida se convierte en una fuente, los ríos no tardan en aparecer.

LAS AGUAS DE MI HISTORIA

Los tiempos de intimidad

Lo que ocurrió después fue difícil de explicar con palabras.

Hasta ese momento yo conocía muchas cosas acerca de Dios, pero no conocía realmente a Dios. Sin embargo, cuando comencé a buscarle de corazón, algo empezó a cambiar dentro de mí. Ya no era una religión ni una costumbre. Era una relación viva.

Comencé a levantarme antes de que saliera el sol para buscarle, y a lo largo del día mi mente regresaba constantemente a él. Poco a poco descubrí que Dios no era distante como había imaginado; era cercano, real y personal.

Abría las Escrituras y sus palabras cobraban vida delante de mis ojos, revelándome verdades que nunca había comprendido. En medio de pruebas, decisiones y dolor, Dios empezó a enseñarme, corregirme y guiarme a través de su Palabra.

Comencé a experimentar la obra del Espíritu Santo de una manera que jamás había conocido; su presencia se volvió real para mí. Hubo ocasiones en las que Dios habló a mi corazón por medio de sueños e impresiones que siempre encontraban confirmación en su Palabra, y mi sensibilidad espiritual comenzó a despertar.

 **Principio pastoral** — *Todo sueño, impresión o revelación personal debe pasar por un filtro antes de convertirse en dirección para la vida: la Palabra (¿lo confirma la Escritura?), la comunidad (¿lo confirman otros creyentes maduros?), la oración, la madurez espiritual de quien lo recibe y el fruto que produce con el tiempo. Ninguna impresión, por fuerte que se sienta, sustituye a estos filtros ni se administra en soledad.*

En el trabajo, aquel compañero que un día me extendió una sencilla invitación se convirtió en alguien con quien compartía conversaciones profundas acerca de Dios; muchas veces terminábamos ministrados por su presencia en medio de una jornada común, porque habíamos aprendido que Dios no está limitado a un templo ni a una reunión.

Pero con el paso de los días comprendí que la verdadera adoración no terminaba cuando terminaba un tiempo de oración. Comenzaba precisamente cuando salía de él.

Mientras más tiempo pasaba con Dios, más evidente se hacía su obra en mi vida. No solo cambió mi manera de pensar; cambió mi manera de vivir.

En mi casa comenzaron a notar la diferencia: hábitos que durante años habían formado parte de mi vida comenzaron a perder dominio sobre mí, y mi manera de hablar, de reaccionar y de relacionarme con las personas ya no era la misma.

Aprendí a escuchar más y a hablar menos. Aprendí a obedecer. Aprendí a sujetarme a las autoridades que Dios había puesto sobre mi vida. No porque alguien me obligara, sino porque el Espíritu Santo estaba realizando una transformación profunda dentro de mí.

También vi la mano de Dios obrando de maneras que fortalecían mi fe. Recuerdo una cita médica de mi madre que nos preocupaba profundamente: en el camino puse mi mano sobre ella y oré en silencio pidiendo un milagro. Cuando regresó con los resultados, aquello que temíamos no apareció. Una vez más, Dios nos recordaba que sigue siendo el mismo Dios que sana, restaura y responde.

No todo fue fácil. Las pruebas no desaparecieron. Los desafíos continuaron. Pero algo había cambiado para siempre: ya no caminaba solo.

Fue entonces cuando comprendí que la adoración es mucho más que una canción. Una canción puede expresar adoración, pero una vida transformada la demuestra. La adoración no se mide solamente por lo que sucede en la presencia de Dios, sino por lo que esa presencia produce cuando volvemos a la vida diaria.

No era el resultado de mi esfuerzo. Era el resultado de permanecer cerca de la Fuente.

Porque cuando una persona pasa tiempo con Jesús, tarde o temprano termina pareciéndose más a él.

Y entendí algo que nunca he olvidado: los verdaderos adoradores no son simplemente personas que cantan a Dios. Son personas cuya vida comienza a reflejar a Cristo. La adoración en espíritu y en verdad no se limita a un momento; se convierte en una manera de vivir.

Cuando eso sucede, el agua viva deja de ser solamente algo que recibimos. Se convierte en algo que empieza a fluir hacia otros.

UNA GOTA DE VERDAD

La verdad sin amor hiere. El amor sin verdad engaña. El Maestro nos mostró el equilibrio perfecto: nunca relativizó el pecado, pero tampoco destruyó al pecador. La meta de Dios no es avergonzar a las personas; es restaurarlas.

“Porque la misericordia triunfa sobre el juicio.”

— Santiago 2:13

PASOS JUNTO AL POZO

Antes de señalar algo en la vida de otra persona, detente y examina tu propio corazón:

- ¿Estoy buscando restaurar o simplemente corregir?
- ¿Estoy hablando desde el amor o desde la frustración?

- ¿He ganado el corazón antes de confrontar?
- ¿Mis palabras abrirán un camino hacia la restauración?

Ora antes de cada conversación importante. Pide al Espíritu Santo discernimiento para reconocer el momento, las palabras y la actitud adecuada. Sé claro pero compasivo; firme pero paciente.

Recuerda: una verdad bien administrada puede cambiar una vida; una mal administrada puede cerrar un corazón durante años.

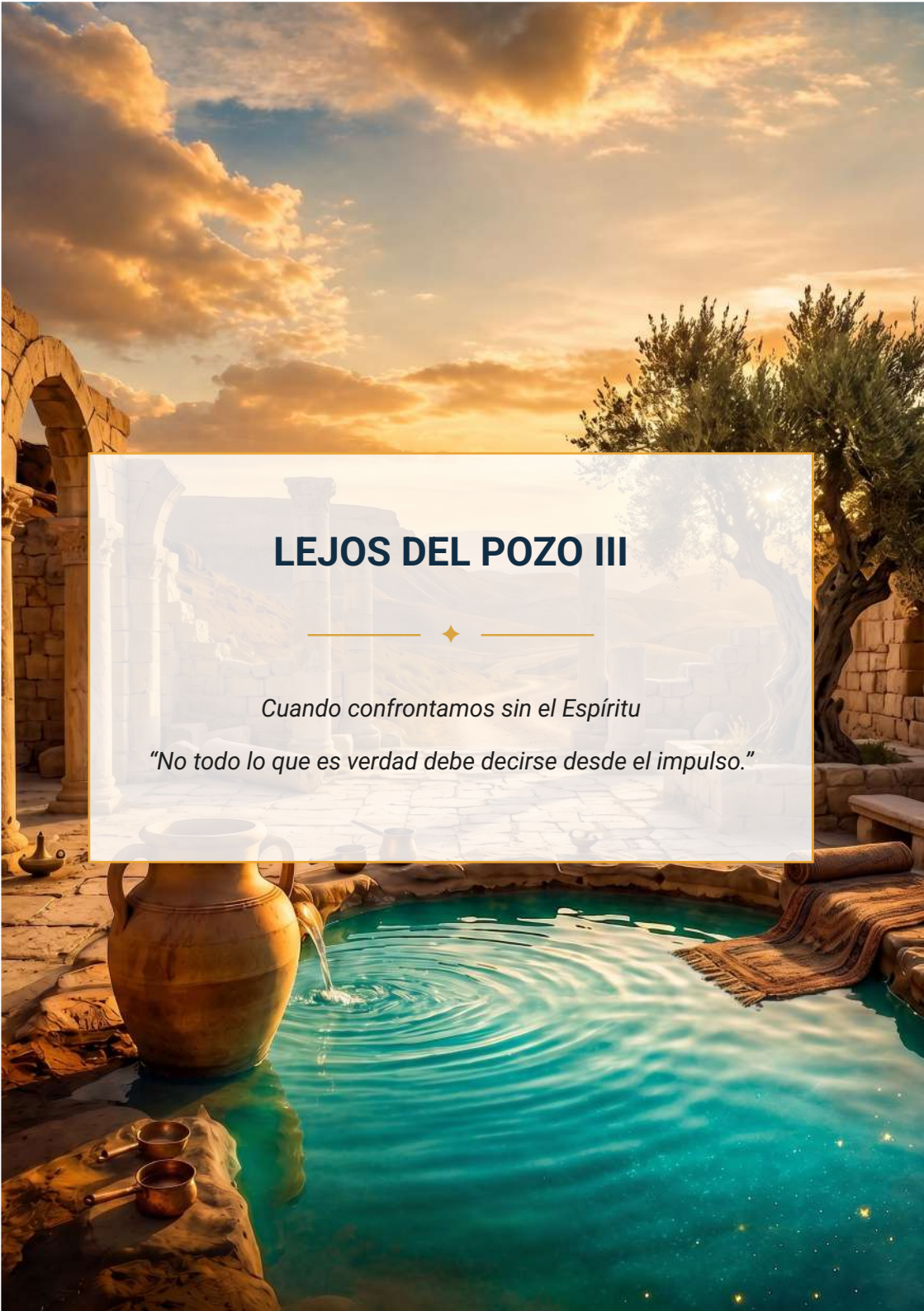
ANTES DE SEGUIR EL CAMINO...

Puedes tener la verdad, pero si no la llevas con gracia, puedes perder el corazón que Dios quiere alcanzar. Junto al pozo, él nunca separó la verdad de la gracia. La verdad sin gracia endurece; la gracia sin verdad engaña. Pero cuando ambas se unen, producen libertad.

Si hoy cargas una verdad que te duele contar, o si te has quedado en silencio por miedo a herir, recuerda que el mismo Espíritu que guió cada palabra del Maestro, también puede guiar las tuyas. No te pide que seas perfecto. Te pide que seas un canal. Permite que la gracia que una vez te alcanzó a ti sea la gracia que fluya a través de ti. Y descubrirás que la verdad, cuando va envuelta en amor, no destruye: construye.

EL SIGUIENTE TRAMO DEL CAMINO

Sin embargo, al comunicar con gracia existe un peligro: confrontar desde nuestras emociones y no desde la dirección del Espíritu Santo. La verdad pura se convierte en arma sin su guía, y terminamos haciendo lo que él nunca haría: herir a quien quiere sanar. Eso descubriremos en nuestra próxima parada.



LEJOS DEL POZO III

— ◆ —

Cuando confrontamos sin el Espíritu

“No todo lo que es verdad debe decirse desde el impulso.”

EL AGUA QUE ADVIERTE

Juan 4:19–24 | Juan 16:8 | Romanos 2:4

“Le dijo la mujer: Señor, me parece que tú eres profeta.”

— Juan 4:19

“Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.”

— Juan 4:24

No toda confrontación proviene de Dios. A veces se pueden decir cosas correctas en el momento equivocado, con la actitud equivocada y desde un corazón equivocado. Y cuando eso ocurre, aquello que debía traer sanidad termina produciendo heridas.

La verdad, cuando no está guiada por el Espíritu Santo, pierde su propósito redentor y deja de cumplir la función para la cual fue dada.

“¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?”

— Romanos 2:4

Después de que él confrontó con gracia a la mujer samaritana, la conversación entró en una dimensión más profunda. Ya no era solamente un diálogo junto al pozo. El Espíritu Santo estaba obrando dentro de ella. Algo había sido tocado. Algo había despertado. Algo comenzaba a cambiar.

Por eso la mujer respondió: “Señor, me parece que tú eres profeta”. Aquella respuesta revela mucho más que sorpresa. Revela que la verdad había llegado al corazón. Él no la confrontó para humillarla.

La confrontó para abrir una puerta. Y esa es una diferencia fundamental. La verdadera confrontación nunca empuja a una persona lejos de Dios. La acerca más a él.

Cuando la verdad deja de parecerse al corazón de Dios

Uno de los errores más peligrosos en el evangelismo no es la falta de verdad. Es la independencia del Espíritu Santo al momento de administrarla. Porque la verdad separada del Espíritu deja de ser medicina y puede convertirse en una carga difícil de llevar. No porque la verdad sea incorrecta. Sino porque fue mal administrada.

El problema no siempre es qué se dice. Muchas veces el problema es desde dónde se dice. Él nunca confrontó desde la reacción. Nunca habló desde la frustración. Nunca corrigió para descargar tensión emocional. Cada palabra estaba alineada con el corazón del Padre. Cada conversación estaba guiada por el Espíritu.

Nosotros, en cambio, muchas veces reaccionamos cuando deberíamos discernir. Hablamos desde la molestia. Corregimos desde la impaciencia. Intentamos resolver rápidamente procesos que Dios todavía está trabajando. Y es ahí donde la verdad pierde su propósito restaurador.

Señalar el pecado sin ver a la persona

Él nunca ignoró el pecado. Pero tampoco redujo a las personas a su pecado. Hay una diferencia profunda entre identificar una caída y definir una vida entera por ella. Él siempre separó ambas cosas. Nosotros muchas veces las confundimos.

“Porque el Hijo del Hombre no vino para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas.”

— Lucas 9:56

Cuando la confrontación carece de compasión, la persona se siente expuesta en lugar de amada. La vergüenza ocupa el lugar del arrepentimiento. Y el corazón comienza a protegerse en lugar de rendirse. El pecado se trata mejor en un ambiente de gracia que en uno de presión. Porque la compasión no minimiza el pecado. Crea el ambiente donde puede ser tratado correctamente. La acusación apunta al error. La compasión apunta al corazón.

Exponer lo que Dios quiere restaurar

Existen procesos que son profundos y delicados. Procesos que Dios suele trabajar en silencio. Como una semilla bajo la tierra. Como raíces que crecen antes de que aparezca el fruto. Él tenía autoridad para exponer. Sin embargo, eligió restaurar. Nunca utilizó la vulnerabilidad de una persona como plataforma. La utilizó como punto de partida para una transformación.

No todo lo que es verdad debe decirse públicamente. No todo lo que es visible necesita ser expuesto.

“Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento...”

— Mateo 6:6

Dios hace mucho de su trabajo en lo secreto. Porque allí el corazón puede ser honesto. Puede llorar. Puede reconocer su necesidad sin sentirse observado. Cuando una persona es expuesta antes de tiempo, algo suele romperse por dentro. La confianza se debilita. La esperanza se reduce. Y el proceso se vuelve más difícil. Hay personas que nunca rechazaron la verdad. Solo fueron heridas por la forma en que la recibieron.

Olvidar el desierto del que fuimos sacados

Uno de los errores más sutiles es olvidar nuestro propio proceso. Olvidar la paciencia que Dios tuvo con nosotros. Olvidar cuántas veces regresamos al mismo lugar antes de aprender a caminar de manera diferente.

“Por tanto, tú que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo?”

— Romanos 2:21

Cuando olvidamos nuestro propio desierto, comenzamos a perder sensibilidad. Perdemos paciencia. Perdemos misericordia. Y terminamos exigiendo procesos rápidos que ni siquiera nosotros vivimos de esa manera. Quien recuerda de dónde fue sacado confronta con humildad. Quien lo olvida confronta con dureza. Él confrontaba con autoridad. Pero también estaba lleno de compasión.

Una dimensión más profunda

Confrontar sin el Espíritu no siempre nace de la falta de conocimiento. Muchas veces nace de la falta de madurez. Puede surgir del orgullo espiritual. De heridas no resueltas. De frustraciones acumuladas. O incluso del deseo de controlar a otros. Entonces la verdad deja de ser una herramienta de restauración. Y se convierte en presión.

Pero Dios no transforma por presión. Transforma por revelación. Y esa revelación solo puede producirla el Espíritu Santo. Por eso el Maestro llevó la conversación hacia una dimensión más profunda: “Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren”.

Él no estaba simplemente corrigiendo conductas. Estaba des-

pertando una nueva forma de vivir. Porque el verdadero cambio nunca comienza solamente en el comportamiento. Comienza en el corazón. Comienza en el espíritu.

LAS AGUAS DE MI HISTORIA

Cuando la verdad se usa sin gracia... y Dios aun así redime

Hay historias que se cuentan con facilidad. Y hay otras que requieren valor. No porque sigan abiertas. Sino porque todavía es posible recordar el dolor que produjeron. Esta es una de ellas.

Sucedió durante mis primeros años caminando con Cristo, en la iglesia que había sido mi hogar espiritual, donde Dios comenzó a reconstruir mi vida y donde aprendí a caminar. Pero también fue allí donde enfrenté una de las consecuencias más dolorosas de mis decisiones.

Fallé. No fue un malentendido. No fue una acusación injusta. Fue pecado. Y mi conciencia no me permitía ignorarlo. El Espíritu Santo me confrontaba constantemente. Finalmente decidí buscar ayuda.

Recuerdo el peso que llevaba mientras caminaba hacia aquella conversación. No iba a justificarme ni a defenderme; iba porque necesitaba dirección, restauración, encontrar de nuevo el camino hacia el Agua Viva. Pero aquella conversación no ocurrió como esperaba.

Las palabras contenían verdad y los principios eran correctos, pero algo esencial faltaba: nadie me tendió una mano para caminar la restauración. La verdad estaba presente; la gracia, ausente. Salí sintiéndome derrotado, como si mi historia hubiera terminado.

La oscuridad llegó a ser tan profunda que por un momento pensé en terminar con mi vida.

No era la primera vez que enfrentaba pensamientos así. Tiempo atrás ya había librado batallas internas contra ideas de muerte y de-

sesperación. Conocía ese terreno peligroso. Sabía lo que ocurría cuando el dolor, la culpa y la sensación de fracaso comienzan a hablar más fuerte que la esperanza.

Por eso, mucho antes de aquel día, había hecho una oración que jamás imaginé que llegaría a necesitar de esa manera. Le pedí a Dios que, si alguna vez volvía a encontrarme en ese lugar oscuro, me recordara que tengo un hijo por el cual debo continuar. Que trajera a mi mente esa razón para seguir avanzando cuando yo ya no pudiera verla por mí mismo.

Y Dios fue fiel.

En medio de aquella lucha, cuando los pensamientos parecían empujarme hacia una decisión irreversible, vino a mi corazón la imagen de mi hijo. Entonces recordé la oración que había hecho tiempo atrás. Le había pedido al Padre que, si alguna vez llegaba a ese punto, me recordara algo que me obligara a detenerme. Y eso fue exactamente lo que hizo.

De repente entendí que todavía había alguien por quien luchar. El dolor seguía allí, las preguntas seguían sin respuesta, pero aquella imagen fue suficiente para detener mis pasos y recordarme que mi historia todavía no había terminado.

- Tenía que continuar.
- Tenía que seguir caminando.
- Tenía que seguir luchando.
- Porque había alguien por quien hacerlo.

Con los años he entendido cuánto ha significado mi hijo en diferentes etapas de mi vida. Dios lo usó como una de esas anclas que nos mantienen firmes cuando las tormentas intentan arrastrarnos. En medio de muchas temporadas difíciles, su existencia se convirtió en un recordatorio constante de que todavía había razones para seguir adelante.

Aquel día no resolvió inmediatamente mi situación. Pero sí evitó que tomara una decisión de la que nunca habría podido regresar. Y muchas veces eso es precisamente lo que hace la gracia de Dios: no siempre elimina la batalla en un instante, pero nos sostiene lo suficiente para dar un paso más.

Es difícil escribir estas palabras. Pero forman parte de la historia que Dios redimió.

Con el tiempo comprendí algo que jamás olvidaría. La verdad tiene poder. Pero cuando es administrada sin gracia puede dejar heridas profundas. Porque Dios nunca separa la verdad de la gracia. La verdad revela. La gracia sostiene. La verdad confronta. La gracia restaura.

Lo que comenzó como una dolorosa consecuencia de mis decisiones terminó convirtiéndose en un desierto de preparación: Dios todavía estaba obrando, escribiendo, formando algo dentro de mí, aunque en aquel momento fuera imposible verlo.

Durante mucho tiempo observé aquella experiencia únicamente desde el dolor, preguntándome por qué había ocurrido así. Pero al mirar atrás, hoy veo la mano de Dios incluso en aquello que no entendía.

La Escritura nos muestra que Dios sigue siendo soberano aun cuando nosotros no comprendemos todo lo que está ocurriendo. Hay momentos donde él permite circunstancias que no tienen sentido para nosotros en el presente, pero que más adelante revelan un propósito mucho mayor.

- Lo que entonces interpreté como una puerta cerrada, Dios lo estaba usando para dirigir mis pasos.
- Lo que parecía un final, estaba convirtiéndose en una transición.
- Lo que sentí como una pérdida, terminó siendo una preparación.

Y aunque en aquel momento no podía entenderlo, hoy puedo reconocer que Dios usó incluso aquella experiencia para moverme hacia el lugar donde él quería formarme. No escribo esto desde la amargura. Todo lo contrario. Lo escribo desde la gratitud. Porque al mirar el camino completo, entiendo que Dios estaba obrando aun cuando yo no podía verlo.

Nada fue desperdiciado. Ni las lágrimas. Ni las preguntas. Ni la confusión. Ni siquiera aquella temporada que durante años me costó comprender. Porque Dios tiene la capacidad de tomar aquello que parece contrario a nosotros y convertirlo en parte de su plan redentor.

Con el tiempo, Dios me rodeó de personas clave en mi restauración; entre ellas, un pastor que no ignoró mi pecado, pero tampoco me definió por él.

Por primera vez experimenté cómo se siente la verdad cuando llega acompañada de gracia. La corrección dejó de sentirse como un golpe. Y comenzó a convertirse en una herramienta de restauración. Donde antes había herida comenzó a aparecer sanidad. Donde parecía haber terminado una historia comenzó a surgir propósito.

Hoy puedo decir que Dios no solamente sanó aquella herida: también la usó para formar convicciones que años después darían fruto en el ministerio. Muchas de las enseñanzas, herramientas y la carga por acompañar procesos que hoy tengo nacieron precisamente allí.

Porque cuando uno ha experimentado la verdad sin gracia, aprende el valor de restaurar con ambas, y cuando Dios redime una herida, muchas veces termina convirtiéndola en una herramienta para llevar sanidad a otros.

Por eso hoy no veo aquella experiencia únicamente como una

de las etapas más dolorosas de mi vida. La veo también como una de las etapas más formativas.

Porque Dios no solamente me estaba restaurando. Me estaba preparando.

 **Nota pastoral** — Este testimonio incluye pensamientos de quitarse la vida. No lo compartimos como una fórmula ni como algo que deba repetirse; cada historia y cada proceso son distintos, y Dios acompaña a cada persona de una manera particular. Si en este momento tú, o alguien que conoces, está teniendo pensamientos de hacerse daño, no lo enfrentes en soledad: búscalos de inmediato con un pastor, un consejero o un profesional de salud mental, y comunícalo a alguien de confianza. Pedir ayuda no es debilidad; es parte del camino hacia la sanidad.

UNA GOTA DE VERDAD

Nosotros no somos el Espíritu Santo. No nos corresponde producir transformación. No nos corresponde convencer por presión. Nuestro llamado es acompañar. Amar. Escuchar. Y reflejar correctamente el corazón de Cristo. La confrontación guiada por el Espíritu no condena. Restaura. No expone para avergonzar. Revela para sanar.

“Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio.”
— Juan 16:8

PASOS JUNTO AL POZO

Antes de confrontar a alguien, primero ora. Permite que el Espíritu Santo examine tu corazón antes de hablar al corazón de otra persona. Pregúntate:

- ¿Estoy reaccionando o estoy siendo guiado por Dios?
- ¿Quiero corregir o quiero restaurar?
- ¿Estoy hablando desde mi frustración o desde la compasión?
- ¿Estoy ayudando a esta persona a acercarse a la fuente o la estoy alejando de ella?
- Y si quien está cargando el peso de una verdad mal recibida — o de un dolor que nadie más conoce— soy yo: ¿a quién puedo acudir esta semana?

Recuerda: cuando el Espíritu Santo guía una conversación, incluso una verdad difícil puede convertirse en el comienzo de una restauración profunda.

TU CÁNTARO PARA ESTA SEMANA

HERRAMIENTA DE ACCIÓN: PASO U

Revisa tu última confrontación o corrección. Escribe tres señales que indiquen si fue guiada por el Espíritu o por tu propia emoción. Luego ora por la persona a quien confrontaste, confiando en que Dios hará crecer la semilla de Su Palabra y obrará en su corazón conforme a Su voluntad.

SI DESEAS CONTINUAR EL RECORRIDO...



Si deseas profundizar este proceso, descarga la herramienta práctica de seguimiento y discipulado.

U – Usar la verdad con gracia.

Escanea el código QR o visita
encuentrosjuntoalpozo.com

ANTES DE SEGUIR EL CAMINO...

Un encuentro real con el Señor nunca deja a una persona igual. No es una emoción pasajera. No es un momento espiritual aislado. Es el inicio de una transformación que comienza en lo profundo del corazón. La mujer samaritana no salió del pozo de la misma manera en que llegó. Y nosotros tampoco.

Porque cuando la verdad y la gracia se encuentran bajo la dirección del Espíritu Santo, algo nuevo comienza a brotar. La tierra seca empieza a recibir lluvia. La semilla comienza a despertar. Y donde antes existía solamente sed, empieza a surgir una fuente.

Si hoy cargas una herida que alguien dejó al administrar la verdad sin gracia, quiero que sepas que Dios no termina allí donde otros terminaron. Él sigue escribiendo. Él sigue restaurando. Y lo que el enemigo quiso usar para destruirte, Dios puede convertirlo en la base de tu mayor autoridad para sanar a otros. No te quedes en el pozo del pasado. Levántate. Hay todavía agua viva esperando por ti.

EL SIGUIENTE TRAMO DEL CAMINO

Pero el proceso no termina en la restauración. Después de sanar una vida, Dios comienza a mostrarle para qué fue restaurada. Porque toda fuente fue diseñada para fluir. Y toda vida transformada fue llamada a impactar a otros.

Por eso, el siguiente paso es entender algo fundamental: cómo Dios activa propósito después del proceso.

Porque no basta con ser sanado. La gracia que recibimos está destinada a convertirse en gracia que se derrama. Y cuando una vida restaurada descubre su llamado, el pozo deja de ser un lugar de llegada para convertirse en un punto de partida.

Ese es precisamente el siguiente paso junto al pozo.



ENCUENTRO IV

De la Fuente al Río

A – ACTIVAR PROPÓSITO, ACOMPAÑAR Y ENVIAR

“No fuimos sanados solo para sanarnos. Fuimos encontrados para encontrar.”

JUNTO AL POZO

Muchas personas creen que el encuentro con Jesús termina cuando una vida es restaurada. Pero en el Reino de Dios, la restauración nunca es el final; muchas veces, es apenas el comienzo.

Dios no sana corazones solamente para quitarles el dolor. Los sana para darles dirección. No restaura vidas únicamente para devolverles paz, sino también para convertirlas en instrumentos capaces de llevar esperanza a otros. Porque detrás de cada proceso existe una preparación invisible: las heridas que sanó, las luchas que permitió vencer, las temporadas oscuras, los momentos donde parecía que todo se rompía.

Nada fue desperdiciado. Todo estaba formando algo más profundo. Y llega un momento donde aquello que parecía solamente una historia de restauración comienza a convertirse en una historia de propósito. Porque cuando alguien tiene un encuentro real con Jesús, no solo cambia su vida... también cambia su dirección.

EL AGUA QUE ENVÍA

Juan 4:28–30 | Juan 4:39

*“Entonces la mujer dejó su cántaro, y fue a la ciudad...”
— Juan 4:28*

Después de hablar con Jesús, algo cambió profundamente dentro de la mujer samaritana. Y la evidencia más visible de esa transformación aparece en un detalle que podría parecer pequeño, pero que tiene un significado espiritual enorme: dejó su cántaro.

Ese cántaro no era solamente un recipiente. Representaba la vida que ella llevaba antes del encuentro. Su rutina, sus cargas, su vacío constante y la necesidad de volver una y otra vez al mismo lugar buscando algo que nunca terminaba de saciarla. Era símbolo de supervivencia, de cansancio, de una vida enfocada únicamente en resistir el día a día.

Pero después de encontrarse con Jesús, aquello que antes ocupaba el centro perdió importancia. Y lo más impactante es esto: Jesús nunca le pidió que dejara el cántaro. Ella lo dejó porque ya no era lo más importante. Cuando una persona encuentra agua viva, las viejas dependencias comienzan a perder peso. No por obligación, ni por presión religiosa, sino porque el corazón finalmente encontró algo mayor.

Esto revela una verdad poderosa: cuando alguien tiene un encuentro genuino con Cristo, ciertas cosas comienzan a soltarse naturalmente. Las prioridades cambian. La dirección cambia. El corazón empieza a moverse hacia algo nuevo. Porque el verdadero encuentro con Jesús no solo restaura; también despierta propósito.

El proceso fue necesario

La mujer samaritana no fue enviada inmediatamente después del primer momento de conversación.

Primero, Jesús se acercó. Luego conectó con su corazón. Después habló verdad con gracia. Más adelante confrontó guiado por el Espíritu. Y finalmente produjo transformación.

Solo entonces vino el envío. Esto nos enseña algo importante: Dios no envía emociones momentáneas; Dios envía vidas transformadas.

Muchas veces queremos propósito sin proceso, impacto sin formación y envío sin preparación. Queremos resultados rápidos sin per-

mitir que Dios trabaje profundamente el corazón. Pero Jesús nunca aceleró procesos, porque el proceso no es castigo; es preparación. Cada etapa tenía una función: el dolor reveló áreas de sanidad, la confrontación produjo arrepentimiento y la gracia restauró el corazón. Nada fue desperdiciado.

Cuando una persona restaurada comienza a hablar

“Y fue a la ciudad, y dijo a los hombres...” (Juan 4:28)

La misma mujer que antes evitaba personas ahora corría hacia ellas. La que antes cargaba vergüenza ahora hablaba públicamente. La que antes vivía escondida ahora invitaba a otros a encontrarse con Jesús. Eso es lo que Dios hace: Él no solamente sana el pasado; le da un nuevo propósito.

La mujer no tenía preparación teológica ni posición importante, pero tenía un encuentro real con Cristo. Y eso fue suficiente. Porque el evangelismo no comienza en una plataforma; comienza en un corazón transformado. Ella no discutió doctrinas, simplemente dijo: “Vengan a ver...” Una experiencia genuina tiene un peso que los argumentos no pueden producir.

El encuentro produce una nueva identidad

*“Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho.
¿No será éste el Cristo?” (Juan 4:29)*

La mujer ya no estaba definida por su pasado. Antes era conocida por su historia rota; ahora por su encuentro con Jesús. Dios no elimina tu historia, la redime. No desperdicia tu proceso, le da propósito. Tu pasado puede convertirse en una herramienta para alcanzar a quienes no escucharán un discurso, pero sí un testimonio real.

El impacto de una vida transformada

*“Y muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en Él
por la palabra de la mujer...” (Juan 4:39)*

Lo que Él hace en una persona nunca termina solamente en esa persona. La restauración siempre apunta hacia otros. Dios sana personas para que luego puedan sanar; levanta personas para que luego puedan levantar a otros. Alguien alcanzado por gracia mira diferente a quienes todavía necesitan ser alcanzados.

LAS AGUAS DE MI HISTORIA

Cuando entendí que Dios quería usar mi historia

Durante mucho tiempo pensé que el mayor milagro que Dios había hecho en mi vida era simplemente sacarme de donde estaba: una vida marcada por el desorden y decisiones apresuradas, donde la calle se volvió escuela y la confusión, compañía.

Crecí viendo lo que nadie quiere normalizar: vidas quebradas en tiempo real. Jóvenes atrapados en peleas, en pandillas, en la cárcel, en ambientes donde la violencia no era una noticia... era el día a día. Vi amigos perderse en las drogas, en el alcohol, en decisiones que apagaban poco a poco su futuro.

Yo mismo caminaba en medio de ese ambiente, en un grupo de casi ciento veinte jóvenes. No éramos una pandilla organizada, pero vivíamos sin dirección, tomando decisiones que parecían pequeñas y nos alejaban cada vez más del propósito de Dios.

Y entonces llegó un momento que cambió el rumbo de mi historia.

En aquellos años hubo personas que quisieron quitarme la vida, y lo que hasta entonces parecía normal comenzó a verse diferente: entendí que ese camino tenía un destino que no quería alcanzar. Por primera vez me sentí arrinconado.

Fue entonces cuando comencé a alejarme.

Primero me aparté del grupo grande que durante años había sido mi mundo. Después terminé relacionándome con un grupo más pequeño, y más adelante, casi sin darme cuenta, mi círculo se redujo a una sola persona.

En aquel momento lo interpreté como pérdidas. Pero con los años entendí que Dios estaba haciendo algo que yo no podía ver: no me estaba alejando de personas; me estaba acercando a un encuentro.

Lo que parecía una disminución era una preparación. Lo que parecía aislamiento era dirección. Lo que parecía una pérdida era una oportunidad. Sin saberlo, cada paso me acercaba más al pozo. No a un pozo físico, sino a ese lugar donde una vida sedienta finalmente se encuentra con el único que puede satisfacerla.

Y lo más sorprendente es que aquel encuentro no ocurrió de la manera que yo habría imaginado: no fue una gran campaña evangelística, ni un evento multitudinario, ni un momento espectacular a los ojos de los demás.

Fue algo mucho más sencillo. Y precisamente por eso nunca lo olvidé.

Ocurrió en medio de una jornada común, dentro de una fábrica. Yo no lo sabía, pero Dios había preparado una cita para mí en aquel lugar.

Todo comenzó a través de un compañero de trabajo que un día llevó un video musical en una cinta: un estilo que muchos habrían cuestionado o descartado de inmediato. Pero Dios no estaba mirando el estilo; estaba mirando mi corazón.

Era un lenguaje callejero. Era mi lenguaje. Pero tenía una esencia del cielo.

Mientras aquella canción sonaba, algo comenzó a moverse dentro de mí. No era solamente una historia... era mi historia. Cada palabra parecía atravesar lugares que nadie había logrado tocar antes.

Dios estaba cruzando barreras que yo mismo había levantado.

Aquella canción llegó donde muchos consejos habían fracasado, y alcanzó rincones que yo mantenía cerrados incluso para mí mismo. Entendí, aunque no completamente, que no era solamente música: era una invitación, un llamado, Jesús esperándome junto al pozo.

Mientras pensaba que simplemente estaba escuchando una canción, Dios estaba iniciando una obra que cambiaría completamente el rumbo de mi vida.

También viví mis propios vacíos: me casé muy joven, creyendo que podía construir algo sólido desde un corazón que aún no estaba completo, y en ese intento conocí el peso de malas decisiones y la herida profunda de un divorcio temprano.

No era solo un problema externo, sino un interior sin dirección: una vida donde todo parecía moverse, pero nada tenía propósito ni protección. Y aunque por fuera seguía caminando, por dentro había una pregunta constante: «¿Esto es todo?».

Pero en medio de ese proceso, Él me encontró, no de manera religiosa o distante, sino en medio de mi propio desorden. Me sostuvo cuando no tenía estabilidad y comenzó a reconstruir lo que yo mismo había fragmentado.

Durante años creí que ahí terminaba la historia: haber sido rescatado. Pero con el tiempo entendí algo más profundo. Dios no solo quería sacarme del lugar donde estaba; quería darme una nueva manera de ver ese lugar.

Esa verdad comenzó a revelarse poco a poco, en encuentros con personas que vivían exactamente lo que yo había visto o incluso lo que yo mismo había sido. Ya no los veía como casos ni como historias ajenas: los veía como espejos.

Personas atrapadas en adicciones, relaciones rotas, divorcios tempranos, rechazos que dejaron marcas profundas: personas que cargaban una sed que no sabían cómo explicar. Y yo los entendía, porque también había conocido el vacío, la confusión y la pérdida de dirección.

 **Nota pastoral** — *Cada adicción, cada divorcio y cada herida tiene su propio proceso, su propio tiempo y muchas veces necesita acompañamiento profesional además del espiritual. Esta historia no es una receta ni una promesa de que "orar es suficiente" para salir de una adicción o sanar tras una separación; es un testimonio de lo que Dios hizo en un camino particular. Si estás atravesando algo similar, busca también consejería, tratamiento especializado o apoyo médico junto con el acompañamiento de tu comunidad de fe.*

Entonces algo cambió dentro de mí. Entendí que Dios no había permitido aquellos procesos para destruirme, sino para redimir incluso aquello que yo creía irreparable.

Mis heridas dejaron de ser solo heridas: se convirtieron en cicatrices que hablan de supervivencia, de una historia que no terminó en el lugar donde parecía que iba a terminar. Con el tiempo, lo que antes quería ocultar se convirtió en puente: cuando alguien descubre que tú también conociste la oscuridad, tus palabras ya no suenan lejanas, suenan reales. Y Dios no desperdicia ni las lágrimas ni los capítulos que quisiéramos borrar.

Doce años después de aquel encuentro en la fábrica, Dios me permitió entender algo que jamás había visto: me había ganado con una canción que me redarguyó, y al día siguiente me llevó a una casa de estudio bíblico donde acepté a Jesús. Esa misma herramienta — una canción— sería una de las que usaría para acercarse a otros. Como si me dijera: «Vamos a ganar gente como te ganó a ti». Porque Dios no desperdicia nada.

No desperdicia una herida. No desperdicia una historia. No desperdicia una canción. No desperdicia un encuentro.

Así nació lo que hoy es Aliento en las Calles. No como un proyecto cuidadosamente diseñado, no como una estrategia elaborada, sino como el resultado de entender que todavía había personas ca-

minando por los mismos lugares donde yo un día me perdí.

Entendí que, si Dios había podido hablarme a través de mi amigo en una fábrica y usar una canción para redarguir, también podía hablarle a alguien más en cualquier lugar con un corazón dispuesto a escuchar. Y una verdad se hizo imposible de ignorar: muchas veces Dios te vuelve a enviar precisamente a los lugares de donde un día te rescató.

Como la mujer samaritana, volví a las mismas calles. Pero ya no era el mismo. Había llegado al pozo buscando agua, y ahora regresaba llevando esperanza.

Durante mucho tiempo pensé que el mayor milagro había sido que Dios me sacara de donde estaba. Con los años entendí que era aún mayor: no solo me rescató y me restauró, tomó cada parte de mi historia y le dio propósito.

Aquellas calles donde me perdí se convirtieron en las calles donde volvería a compartir esperanza, y aquella sed que durante años intenté llenar en lugares equivocados se convirtió en una convicción profunda: todavía hay personas caminando con la misma necesidad que yo tenía.

Mi pasado ya no era una evidencia de fracaso; era una evidencia de gracia. Y entendí que el propósito no comenzó cuando todo se arregló: comenzó cuando decidí entregar toda mi historia al único que tenía el poder de redimirla.

Porque Dios no me estaba alejando de algo; me estaba acercando a alguien. Y ese alguien había estado esperándome junto al pozo desde mucho antes de que yo supiera que tenía sed. Y cuando me encontró, no solo me dio agua para vivir: me dio una misión. Volver a los lugares donde un día tuve sed y decirles a otros dónde podían encontrar el Agua que realmente sacia.

UNA GOTA DE VERDAD

No menosprecies el proceso que estás viviendo. Aunque hoy no entiendas lo que Dios está haciendo, Él sí ve el resultado final. Muchas veces el lugar del que Dios te sacó termina convirtiéndose en el lugar donde luego te envía.

«Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.» — 2 Corintios 5:17

PASOS JUNTO AL POZO

- ¿Estoy resistiendo el proceso o permitiendo que Dios me forme?
- ¿Qué “cántaro” necesito dejar atrás?
- ¿Estoy dispuesto a usar mi historia para que otros conozcan a Jesús?
- ¿Estoy buscando solo restauración... o también propósito?
- Si todavía cargo una adicción o una herida de divorcio sin cerrar: ¿ya busqué, además de la oración, el acompañamiento profesional que ese proceso necesita?

ANTES DE SEGUIR EL CAMINO...

Un encuentro real con Jesús siempre produce movimiento. La mujer samaritana llegó cargando un cántaro y salió con propósito.

Lo que antes daba vergüenza, Dios comienza a transformarlo en testimonio. El dolor que casi destruyó tu vida se convierte en la herramienta para alcanzar a otros.

Dios no solo te rescató para salvarte... te rescató para enviarte.

Pero el envío trae una responsabilidad: no basta con alcanzar vidas, hay que cuidarlas. Alcanzar una vida es apenas el comienzo; ahora necesitamos aprender a acompañarla.

The background image is a composite of two scenes. The upper scene shows a deep canyon with steep, layered rock walls. A bright sun is low on the horizon, creating a golden glow and long shadows. The lower scene shows a large, ancient-looking terracotta water jar (matka) with two handles. Water is pouring from its spout into a pool of vibrant, glowing turquoise water. The water in the pool has concentric ripples and a shimmering, ethereal quality, with small star-like lights visible beneath the surface. The pool is surrounded by dark, jagged rocks.

LEJOS DEL POZO IV



ACOMPañAR HASTA PERMANECER

“Una decisión necesita dirección. Una conversión necesita acompañamiento.”

Una persona puede acercarse a Cristo con sinceridad y aun así perderse en el proceso si no encuentra acompañamiento. Puede comenzar con pasión, con deseo genuino de cambiar y con hambre de Dios, pero cuando no existe dirección ni cuidado, ese inicio empieza a debilitarse con el tiempo.

Porque todo lo que nace necesita ser cuidado. Y muchas veces, uno de los errores más silenciosos dentro del evangelismo no ocurre al momento de predicar, sino después: cuando se alcanza un corazón, pero no se permanece cerca para ayudarlo a crecer.

EL AGUA QUE PERMANECE

Juan 4:35 | Mateo 28:19–20

“¿No decís vosotros: ¿Aún faltan cuatro meses para que llegue la siega? He aquí os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega.” (Juan 4:35)

“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones... enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado.” (Mateo 28:19–20)

Jesús habló de la cosecha, pero también habló del discipulado. Ese equilibrio es vital, porque el evangelio no consiste solamente en alcanzar personas; también consiste en formarlas. Muchas veces celebramos la oración de fe como si fuera la meta final, cuando en realidad apenas es el comienzo del proceso.

Una decisión necesita dirección. Una conversión necesita acompañamiento. Una vida nueva necesita raíces.

Una persona puede recibir a Cristo y aun así sentirse perdida después. Puede enfrentar preguntas que nadie responde o regresar a los mismos ambientes y luchas sin tener a alguien que la ayude a caminar. Poco a poco, lo que parecía firme empieza a enfriarse. El alejamiento suele ser lento, silencioso e interno. Por eso el seguimiento no es un complemento; es parte esencial de la misión.

Jesús nunca separó evangelismo de discipulado. Llamó personas, caminó con ellas, les enseñó, corrigió su carácter, respondió sus dudas y luego las envió. De ese recorrido nació un modelo sencillo que hoy llamamos El Camino AGUA: una manera de acercarnos a las personas, caminar con ellas hacia la Fuente y participar en la transformación que solo Dios puede producir.

La Gran Comisión no termina en “id”; continúa en “enseñándoles que guarden”. El evangelio no solo busca decisiones rápidas; busca vidas firmes. El encuentro debe convertirse en permanencia.

 **Principio pastoral** — *Conviene distinguir estas palabras para no confundirlas: el **evangelismo** es anunciar; la **conversión** es la respuesta de fe de la persona; el **discipulado** es el proceso de formar el carácter y la fe de esa persona; el **acompañamiento pastoral** es la cercanía sostenida en el tiempo, con cuidado y seguimiento concreto; y el **envío misionero** es activar a esa persona ya formada para que a su vez alcance a otros. El Camino AGUA recorre las cinco etapas; ninguna reemplaza a las demás.*

LAS AGUAS DE MI HISTORIA

Cuando entendí que alcanzar una vida no era suficiente

Durante mucho tiempo pensé que el momento más importante era ver a una persona entregar su vida a Cristo; creía que ahí terminaba la historia. Con los años descubrí que ese momento apenas marca el comienzo del viaje. Era algo que aún no entendía, pero que Dios me enseñaría en el camino.

Todavía puedo recordar aquel día: subí a un bus para dirigirme

a una casa donde estudiábamos la Palabra de Dios, en una etapa muy temprana de mi caminar. Mi conocimiento era limitado, pero mi pasión era inmensa. Yo no lo sabía, pero estaba por vivir algo que marcaría mi entendimiento de lo que significa realmente “encontrarse”.

Mientras avanzaba por el pasillo, reconocí a un amigo de muchos años que vestía su característica ropa punk. Comenzamos a conversar. Me dijo que se iba a un concierto. En medio de esa conversación sencilla, el tema giró hacia lo eterno. Yo no tenía formación ministerial, pero tenía mi testimonio y una Palabra que ardía dentro de mí.

Le compartí lo que Dios había hecho en mi vida y le hablé con convicción: “A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida”.

En ese momento entendí algo que solo el tiempo me permitiría ver con claridad: no era solo una conversación... era un encuentro. No con un lugar, sino con una oportunidad de beber de lo que realmente da vida. Le hice una invitación sencilla, directa, sin filtros. Él se alejó para ir donde sus amigos, pero lo impactante es que se había ido a despedirse y me dijo: “Me voy contigo”.

Aquel día mi corazón rebosaba de alegría. Fue la primera vez que vi a alguien rendirse sin rodeos ante el llamado de Jesús. Sentí como si, en medio de un trayecto común, Dios hubiera abierto una oportunidad de encuentro con algo que no depende de un lugar, sino de una decisión del corazón. Pero aún no entendía la profundidad de lo que estaba comenzando.

Llegó diciembre, y con él la pausa de las reuniones por las festividades. Yo era nuevo en la fe y no sabía cómo acompañar procesos; solo sabía que Dios había tocado una vida. Había visto a alguien acercarse, pero aún no comprendía lo frágil que puede ser el inicio cuando no hay acompañamiento.

Al principio había hambre. Había búsqueda. Pero por la pausa de esos días, algo empezó a apagarse. Como si la sed, cuando no es cuidada, terminara buscando otros caminos para intentar calmarse.

Hasta que un día lo encontré en la calle. No era el mismo. Su mirada estaba perdida. Su vida volvía a parecer un desierto del que

había intentado salir. Estaba nuevamente consumido por las drogas. Recuerdo que me dijo: “Encontré el camino, encontré la luz”. Había confusión en su vida.

Me acerqué con el corazón roto. Traté de ayudarlo a volver a lo que había comenzado, pero el abismo entre nosotros parecía más profundo que mis palabras.

El tiempo siguió avanzando.

Y un día, como quien pregunta por alguien esperando una respuesta cualquiera, me encontré con otro amigo. Le pregunté por él... y en ese instante la conversación se quebró.

No hubo rodeos. No hubo suavidad. Solo una frase corta, seca, imposible de procesar:

“¿No sabías?... murió por una sobredosis”.

Y en ese instante... todo se detuvo.

Recuerdo que no fue solo lo que escuché. Fue cómo lo escuché. Como si el aire se hubiera vuelto pesado. Como si el tiempo se hubiera detenido dentro de mí. Esa frase no solo entró en mis oídos... cayó directo en mi pecho.

Murió. Sobredosis.

Dos palabras que no deberían ir juntas cuando hablas de alguien que alguna vez tuvo la oportunidad de acercarse al Agua que da vida.

Sentí un vacío difícil de explicar. No era solo tristeza. Era una mezcla de dolor, preguntas y un silencio profundo dentro de mí. ¿En qué momento dejó de beber? Una pregunta que me acompañó por mucho tiempo: “¿Por qué no lo cuidé más? ¿Por qué no hice algo más?”

Durante mucho tiempo cargué ese peso delante de Dios. No desde la acusación, sino desde la responsabilidad. Entendí que había hecho lo que sabía con lo que tenía, pero también entendí algo que jamás se me ha olvidado: alcanzar una vida no es suficiente.

El encuentro puede ocurrir en un momento, pero la vida necesita ser acompañada hasta que aprenda a sostenerse. No basta con señalar el agua. Hay que acompañar hasta que el alma aprenda a beber.

Aquella experiencia marcó mi vida para siempre. No desde la amargura, sino desde la formación. Me enseñó que el evangelio no termina en un encuentro, sino que comienza en un camino.

Hoy muchas de las cosas que hacemos nacen de esa herida que fue transformada en convicción. Por eso creemos profundamente en el discipulado, en el seguimiento, en no soltar a quienes han sido alcanzados.

Porque una vida no es un número. Es una responsabilidad eterna confiada por Dios. Y el llamado no es solo llevar a alguien al pozo... sino acompañarlo hasta que descubra que el Agua que realmente sacia es una Persona, no un momento.

 **Nota pastoral** — *Si perdiste a alguien por adicción, sobredosis o una decisión que no pudiste evitar, la pregunta "¿por qué no hice más?" es parte natural del duelo, pero no es un veredicto. Acompañar no es controlar: cada persona conserva su propia voluntad, y amar a alguien no garantiza el resultado de su historia. Dios no te pide cargar como culpa lo que nunca estuvo completamente en tus manos. Si esta historia despierta una pérdida propia, permítete procesarla con alguien capacitado para acompañar duelo, y no la conviertas en una sentencia sobre lo que "debiste" hacer.*

UNA GOTA DE VERDAD

La oración de fe puede ocurrir en un momento, pero formar una vida toma tiempo.

Las personas no solo necesitan escuchar de Jesús; necesitan aprender a caminar con Él. El verdadero evangelismo no abandona a las personas después del encuentro. Permanece. Acompaña. Ora. Enseña. Levanta.

Jesús nunca buscó seguidores ocasionales; formó discípulos. Y los discípulos no se forman en un evento, sino en una relación. El acompañamiento es una expresión práctica del amor de Dios.

PASOS JUNTO AL POZO

Cada vez que compartas el evangelio, recuerda: no estás sembrando un momento emocional; estás iniciando un proceso espiritual. Después de alcanzar a alguien, pregúntate:

- ¿Quién caminará con esta persona?
- ¿Quién la escuchará y la ayudará en sus caídas o dudas?

El seguimiento puede comenzar con algo sencillo: una llamada, un mensaje, una oración o simplemente permanecer presente. Muchas veces, una vida permanece firme porque alguien decidió no soltarla en el proceso.

Y si alguna vez perdiste a alguien que estabas acompañando y todavía cargas esa pregunta de "¿por qué no hice más?": permítete hablarlo con alguien esta semana, en lugar de seguir cargándolo en silencio.

TU CÁNTARO PARA ESTA SEMANA

Herramienta de acción (Paso A): Escribe tu historia en una hoja: los lugares de donde Dios te rescató, las herramientas que Él usó para alcanzarte y cómo podrías usar esas mismas herramientas para acercarte a alguien más esta semana. Luego ora por una persona específica que aún camina por esos mismos lugares.

SI DESEAS CONTINUAR EL RECORRIDO...



Si deseas profundizar este proceso, descarga la herramienta práctica de seguimiento y discipulado.

A – Activar propósito, acompañar y enviar.

Escanea el código QR o visita
encuentrosjuntoalpozo.com

ANTES DE CERRAR ESTE LIBRO...

Jesús pasó por Samaria porque había una vida esperando. Todo comenzó con alguien dispuesto a acercarse, pero no terminó ahí. Jesús nos enseñó que el evangelismo no se trata solamente de hablar de Él; se trata de reflejarlo.

A lo largo de este camino hemos visto que acercarse requiere obediencia, que ganar el corazón es clave, que la verdad necesita gracia y que el Espíritu Santo debe guiarnos. Pero también entendimos que las personas necesitan acompañamiento para permanecer firmes y crecer en su caminar con Dios.

Quizá ahora Dios está poniendo una “Samaria” delante de ti. Tal vez es una persona que necesita ser escuchada y restaurada. Tal vez alguien que espera que **camine** con él, no solo que le prediquen. Tal vez un corazón que **no** sabe que tiene sed de Dios. Todavía hay campos listos para la cosecha y personas esperando encontrarse con el amor de Cristo. Dios sigue buscando hombres y mujeres dispuestos a acercarse, permanecer y caminar junto a otros hasta que descubran la Fuente que puede saciar **sed**.

Porque el llamado nunca fue solamente pasar por Samaria.

El propósito siempre fue llevar a las personas a encontrarse con Jesús.

REFLEXIÓN FINAL

DOS RUTAS, UN MISMO CORAZÓN

Después de recorrer juntos este camino junto al pozo, una verdad queda clara: no todas las personas avanzan al mismo ritmo. Jesús nunca trabajó con fórmulas rígidas; discernía corazones. Cada historia tenía un ritmo diferente. A continuación, te invito a ver cómo se ven esas dos maneras de fluir con el mismo corazón.

DOS RUTAS, UN MISMO CORAZÓN

Después de recorrer todo el camino AGUA, es importante entender algo **no todas las personas avanzan al mismo ritmo.**
 Jesús nunca trabajó con fórmulas rígidas. Discernía corazones. Cada encuentro era distinto. Cada historia tenía un ritmo diferente. Cada persona llegaba con heridas, preguntas, luchas y procesos que no podían tratarse exactamente igual.

RUTA INMEDIATA UN ENCUENTRO, UNA OPORTUNIDAD	DOS RUTAS MISMO CORAZÓN	RUTA PROGRESIVA VARIOS ENCUENTROS, RELACIÓN REAL
A → G → U → A El proceso completo puede ocurrir en un solo momento. UN MOMENTO PUEDE CAMBIAR UNA VIDA Una necesidad urgente, una crisis, un corazón abierto o una intervención evidente de Dios hace que todo ocurra casi al mismo tiempo. EL ACERCAMIENTO, LA CONEXIÓN, LA VERDAD Y LA RESPUESTA se unen en un mismo encuentro. ES UN PROCESO REAL, NO MENOS VALIOSO Dios puede transformar profundamente en un solo momento.		A ⌚ G ⌚ U ⌚ A El proceso se desarrolla con el tiempo a través de la relación. HAY PERSONAS QUE NECESITAN TIEMPO • Tiempo para confiar. • Tiempo para sanar. • Tiempo para comprender. • Tiempo para permanecer. DETRÁS DE CADA CORAZÓN EXISTE UNA HISTORIA Y cada historia necesita ser acompañada con amor y paciencia. EL TIEMPO DEL AGUA NO LO MARCA EL RELOJ Lo marca al corazón.

EL AMOR VERDADERO NO APRESURA PROCESOS.
 Jesús amaba de inmediato, pero nunca forzaba procesos. Sabía cuándo hablar, cuándo esperar y cuándo simplemente permanecer. Porque el propósito nunca fue completar un método, **El propósito siempre fue amar correctamente.**

EL CAMINO AGUA
TRANSFORMA CORAZONES, NO SOLO MOMENTOS.

El corazón detrás del camino

Si al terminar este libro recuerdas cada paso, pero olvidas amar, habrás perdido lo más importante. Pero si quizá olvidas algunos conceptos y conservas el corazón de Jesús para las personas, entonces habrás comprendido el propósito de todo este recorrido junto al pozo.

El evangelismo no comienza cuando hablamos; comienza cuando amamos. No comienza cuando presentamos un mensaje; comienza cuando vemos a las personas como Jesús las ve.

Porque antes de que nosotros decidamos acercarnos, Él ya decidió acercarse a nosotros. El hombre no llega al pozo buscando a Cristo; Cristo llega al pozo buscando al hombre. Y cuando un discípulo entiende esto, deja su cántaro y camina hacia un mundo sediento. Entonces aprende a ver lo que otros no ven:

- Detrás de cada conversación existe una historia.
- Detrás de cada resistencia existe una herida.
- Detrás de cada pregunta existe una búsqueda.
- Detrás de cada persona existe un alma por la cual Cristo entregó Su vida.

Lo que hemos caminado junto al pozo no es simplemente una estrategia; es una manera de estar con las personas. Es aprender a representar a Cristo para convertirnos en el puente que Dios usa para llevar agua viva a alguien que lleva años teniendo sed.

LLEVA AGUA A OTROS

Este camino que hemos recorrido junto al pozo no fue diseñado solamente para ser leído. Fue diseñado para practicarse, enseñarse

y multiplicarse. Por esa razón, cada encuentro de este libro cuenta con una herramienta de acción y taller diseñada para ayudarte a llevar estos fundamentos a la vida real.

Estas herramientas fueron creadas para formar personas capaces de:

- Acercarse correctamente
- Ganar corazones
- Usar la verdad con gracia
- Acompañar procesos
- Discipular vidas
- Activar propósito, acompañar y enviar

Las herramientas pueden desarrollarse de manera individual, en células, en discipulados, en talleres, en escuelas ministeriales, en grupos pequeños o en entrenamientos evangelísticos.

El objetivo es formar discípulos que reflejen el corazón de Jesús y que también aprendan a formar a otros. Una vida transformada puede convertirse en la respuesta a la oración de alguien más. Ese fue el camino de Jesús, y sigue siendo nuestro llamado hoy.



Si deseas profundizar este proceso, descarga la herramienta práctica de seguimiento y discipulado.

A — Activar propósito, acompañar y enviar.

Escanea el código QR o visita
encuentrosjuntoalpozo.com

Recuerda: este recorrido no termina cuando alguien es alcanzado. Continúa cuando esa persona aprende a alcanzar a otros.

EPÍLOGO

EL LLAMADO CONTINÚA



Este camino junto al pozo no nació como una estrategia humana. Nació del corazón de un Jesús que caminaba entre las personas. Él se acercó con intención, ganó el corazón de la gente, habló con verdad y gracia, y luego activó propósito y envió. Ese sigue siendo el camino hoy.

Si este libro llegó a tus manos, mi oración es que no termine siendo solamente una lectura. Que se convierta en una invitación. Una invitación a mirar a las personas como Jesús las mira. A acercarte a quienes otros evitan. A permanecer cuando sería más fácil alejarse. A creer que ninguna historia está demasiado rota para que Dios la restaure.

Porque el mismo Jesús que se sentó junto al pozo sigue saliendo al encuentro de personas hoy. Y quizás, mientras lees estas últimas páginas, Él también te está llamando a formar parte de esa historia.

Que nunca olvidemos: Él fue primero. El hombre no llega al pozo buscando a Cristo; Cristo llega al pozo buscando al hombre. Y aún sigue llegando.

Por eso, deseo que este material no termine guardado en una biblioteca ni archivado como un contenido más. Que pueda ser vivido, compartido y derramado en cada encuentro que Dios permita. Que cada página inspire a acercarse a las personas con el mismo amor, compasión y verdad con que Jesús se acercó a nosotros.

También dedico estas páginas a los hermanos y amigos que Dios puso a nuestro lado. Personas que quizás muchos no ven, pero que fueron apoyo, oración, consejo y fortaleza en diferentes temporadas. Porque antes de hablar de Cristo en las calles, muchas veces Dios primero ministra nuestro propio corazón a través de relaciones que sostienen, animan y permanecen.

Este libro también está dedicado a toda persona que alguna vez se sintió lejos, confundida, herida, vacía o sin rumbo... pero que, aun así, en algún momento de su vida, decidió detenerse junto al pozo.

Porque nadie llega al pozo por casualidad. Y nadie está demasiado lejos para que Jesús salga a su encuentro.

Si estas palabras llegaron a tus manos, quizás no sea coincidencia. Tal vez Dios todavía está llamando tu corazón.

Y finalmente, lo entrego a las calles, a los barrios, a las plazas, a las cárceles, a los hospitales, a los lugares que muchos evitan, a las historias que pocos quieren escuchar y a los corazones que aún siguen teniendo sed de Dios.

Que cada página dirija la mirada únicamente a Jesús: aquel que sigue pasando por Samaria, sigue sentándose junto al pozo y sigue llevando agua viva a quienes la necesitan.

Y quizás hoy, como aquella mujer samaritana, alguien esté esperando un encuentro que cambie su historia para siempre.

Porque Jesús sigue teniendo...

ENCUENTROS JUNTO AL POZO

“Si alguno tiene sed, venga a mí y beba.”

— *Juan 7:37*

El pozo continúa.
La historia también.

EL POZO CONTINÚA CON TU HISTORIA

TU ENCUENTRO JUNTO AL POZO



A lo largo de estas páginas hemos caminado juntos. Hemos acompañado a una mujer samaritana mientras buscaba agua sin imaginar que estaba a punto de encontrarse con la Fuente. También has conocido parte de mi historia: mis desiertos, mis preguntas, mis caídas, mis búsquedas y los encuentros que Dios utilizó para transformar mi vida. Pero quizá, mientras recorrías estas páginas, comenzaste a reconocer algo más. Tu propia historia.



Porque este libro nunca trató únicamente sobre una mujer junto a un pozo. Tampoco trató únicamente sobre mi historia. Desde el principio, también trataba sobre ti.

Sobre tus preguntas.

Tus luchas.

Tus procesos.

Tus cicatrices.

Tus momentos de sed.

Y los encuentros que Dios ha usado —o está usando— para acercarte a Él.



Todos, en algún momento de la vida, llegamos a un pozo. Un lugar donde la sed parece más profunda que las respuestas. Donde el dolor parece más fuerte que la esperanza. Donde las heridas, la culpa, el miedo, el rechazo, la soledad o el vacío nos hacen preguntarnos si existe algo capaz de saciar el corazón. Y es precisamente allí donde Jesús suele encontrarnos.

.....

Tal vez no ocurrió junto a un pozo de piedra en Samaria. Quizá ocurrió en una habitación donde nadie veía tus lágrimas. En una oficina. En una iglesia. En un hospital. En una cárcel. En medio de una pérdida. En una conversación inesperada. O durante una noche en que sentías que ya no podías continuar. El lugar puede ser diferente. Pero el Salvador sigue siendo el mismo.

.....

Él continúa buscando personas sedientas. Él continúa acercándose con intención. Él continúa ofreciendo Agua Viva. Y Él continúa transformando historias.

.....

La mujer samaritana hizo algo que cambió el rumbo de muchas vidas. Después de encontrarse con Jesús, dejó su cántaro, regresó a su ciudad y comenzó a contar lo que Él había hecho. No podía guardar aquella historia para sí sola. Su encuentro se convirtió en el comienzo de muchos otros encuentros. Eso mismo puede suceder con tu historia.

 **Contexto bíblico** — *El texto lo dice de manera explícita: "muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por la palabra de la mujer" (Juan 4:39), y después le decían a ella: "ya no creemos por tu dicho... y sabemos que verdaderamente este es el Salvador del mundo" (Juan 4:42). Su testimonio no fue la prueba final de nadie, pero sí fue la puerta. Ese es el patrón que este libro busca imitar: el testimonio abre camino; el encuentro personal con Cristo es lo que sostiene.*

.....

Quizá pienses que tu testimonio es demasiado sencillo. Tal vez creas que todavía estás en proceso. Que aún quedan preguntas sin responder. Que Dios sigue trabajando en áreas de tu vida. Que todavía no has llegado al final del camino. Pero precisamente por eso tu historia tiene valor. Porque las personas no solo necesitan escuchar grandes milagros. También necesitan descubrir que Jesús sigue en-

contrando personas comunes en medio de su vida cotidiana. Necesitan saber que la gracia sigue alcanzando corazones. Que la esperanza sigue restaurando vidas. Que el Agua Viva sigue fluyendo para quienes tienen sed.

.....

Tal vez haya alguien que hoy está viviendo exactamente el mismo dolor que tú experimentaste hace algunos años. Quizá alguien está luchando con las mismas preguntas que un día te hicieron buscar respuestas. Quizá alguien está atravesando la misma oscuridad de la que Dios te rescató. Y quizá Dios quiera usar tu historia para mostrarle el camino hacia la Fuente.

.....

Porque muchas veces la respuesta que una persona necesita no llega en forma de argumento. Llega en forma de testimonio. Llega cuando descubre que alguien más estuvo donde ella está hoy, y que Dios fue fiel.

.....

Comparte tu encuentro junto al pozo. Por eso te invitamos a dar el mismo paso que dio aquella mujer junto al pozo. En encuentrosjuntoalpozo.com hay un espacio preparado para que puedas escribir tu testimonio y compartir cómo Jesús salió a tu encuentro. Cómo sostuvo tu vida en medio de la tormenta. Cómo te fortaleció cuando pensabas rendirte. Cómo restauró lo que parecía perdido. Cómo te mostró que aún había esperanza. Cómo transformó tu historia.

 **Nota pastoral** — *Comparte solo lo que estás en paz que otros lean, y cuida los nombres y detalles de terceros que aparezcan en tu historia. Los testimonios publicados en el sitio son revisados antes de mostrarse, precisamente para proteger tanto a quien los escribe como a quien los lee.*

.....

También encontrarás historias de otras personas que fueron alcanzadas por Su gracia. Personas que llegaron sedientas. Personas

que encontraron la Fuente. Personas que descubrieron que su historia no había terminado.

.....

Cada testimonio es una evidencia viva de que Cristo continúa obrando. Cada historia compartida puede convertirse en una semilla de fe para otra persona. Y detrás de cada vida restaurada existe otra vida esperando descubrir que todavía hay esperanza.

.....

Quizá nunca conozcas a las personas que leerán tu historia. Tal vez jamás sepas quién estaba a punto de rendirse cuando encontró tus palabras. Quién había perdido la esperanza. Quién llevaba años buscando respuestas. Quién necesitaba escuchar exactamente lo que Dios hizo en tu vida.

.....

Pero Dios sí lo sabe.

.....

Él conoce cada corazón sediento. Conoce cada lágrima derramada en secreto. Conoce cada batalla que nadie más ve. Y conoce a quienes hoy están sentados junto a su propio pozo, preguntándose si todavía existe esperanza para ellos. Muchas veces, la respuesta que Dios utiliza llega envuelta en la historia de alguien más.

.....

Quizá por eso tu encuentro no fue solamente para ti. Quizá tu restauración sea parte de la restauración de otra persona. Quizá tu proceso, tus luchas, tus preguntas y la manera en que Dios salió a tu encuentro se conviertan en el puente que conduzca a alguien hacia la Fuente.

.....

Porque los encuentros junto al pozo nunca terminan en una sola vida. Siempre continúan. De corazón a corazón. De historia a historia. De encuentro en encuentro.



Por eso, si Jesús ha escrito algo en tu vida, no guardes esa historia. Compártela. Déjala convertirse en agua para alguien más. Déjala señalar el camino hacia la Fuente. Déjala recordar a otros que todavía hay esperanza.



Porque el pozo continúa. Jesús sigue caminando por Samaria. Sigue deteniéndose donde otros pasan de largo. Sigue buscando corazones sedientos. Sigue ofreciendo Agua Viva. Y sigue escribiendo historias de restauración.



Quizá la siguiente historia que alguien necesite leer sea la tuya. Y después de la tuya... vendrán muchas más. Porque mientras haya personas con sed, habrá encuentros junto al pozo.



Te esperamos junto al pozo.

En la última página de este libro encontrarás un código que te llevará directamente a ese espacio. Comparte tu historia. Lee otros testimonios. Anima a otros con lo que Dios ha hecho en tu vida. Y forma parte de la comunidad que sigue encontrándose junto al pozo.



Te esperamos en encuentrosjuntoalpozo.com



AGRADECIMIENTOS



Este libro es el resultado de procesos, encuentros y personas que Dios usó a lo largo del camino. Al mirar hacia atrás, puedo reconocer que Dios siempre coloca personas correctas en temporadas correctas para sostener, enseñar, corregir y afirmar Su propósito.

Agradezco profundamente a mi Pastor Roberto Dávila por su dirección, cobertura y cuidado pastoral. Gracias por mantenerse firme en el llamado, por enseñarme con el ejemplo, y por haber sido una voz de corrección y formación en momentos clave del proceso, incluso cuando el camino necesitaba ajustes para alinearse mejor al propósito de Dios.

Gracias también a Omar Salazar, porque Dios lo usó de una manera muy especial en mis primeros pasos de fe. Él fue parte de ese momento inicial donde mi vida comenzó a entender el evangelio no solo como información, sino como un encuentro real que transforma el rumbo. Su vida y acompañamiento fueron parte de ese inicio donde Dios encendió algo que no se ha apagado.

Agradezco también a mi Pastor Galito Grandes por su respaldo y apoyo en diferentes procesos relacionados con Aliento en las Calles, a Santiago Gutiérrez y su familia por su apoyo y servicio, especialmente en el desarrollo de la página web Encuentros Junto al Pozo. Gracias por bendecir esta visión con sus dones y talentos.

También quiero agradecer a todo el TEAM de Aliento en las Calles: artistas, músicos, evangelistas, intercesores, servidores y amigos que han sido parte de este llamado. Cada discipulado, oración, servicio, canción, consejo y muestra de amor dejó una huella en este proceso. Y a cada persona que apoyó o creyó en esta visión: gracias por caminar parte del trayecto.

Con el tiempo entendí algo que quedó grabado en mi corazón: Dios no une personas; une propósitos. Y Sus propósitos son eternos.

Gracias por ser parte del camino.

ACERCA DEL AUTOR

J. Eduardo Silva L. es pastor, evangelista y fundador de Aliento en las Calles, un ministerio dedicado a llevar esperanza, identidad y propósito a través del evangelismo creativo, el discipulado y la restauración de vidas.

En el año 2006, a los 21 años, tuvo un encuentro personal con Jesucristo que transformó profundamente el rumbo de su historia. Desde entonces ha dedicado su vida a compartir el evangelio dentro y fuera de las paredes de la iglesia, acompañando personas, familias y comunidades en procesos de fe, restauración y crecimiento espiritual.

Cuenta con formación en Teología Pastoral, un Diplomado en Adicciones y actualmente cursa estudios en el Seminario Bíblico, integrando principios bíblicos con herramientas prácticas para el acompañamiento y la formación de discípulos. Junto al equipo de Aliento en las Calles ha participado en más de cien iniciativas de evangelismo creativo en parques, calles, barrios, comunidades y diferentes ciudades del Ecuador, llevando el mensaje de Jesucristo a lugares donde muchas veces otros no llegan.

Su enseñanza nace tanto del estudio de la Palabra de Dios como de la experiencia personal de haber sido alcanzado por Su gracia. Gran parte de su ministerio está enfocado en ayudar a otros a acercarse a Cristo, descubrir su identidad y caminar en el propósito que Dios tiene para sus vidas.

Casado y padre de familia, está convencido de que las mayores transformaciones comienzan cuando alguien decide acercarse, escuchar y caminar junto a otra persona con el amor de Cristo.

HONRO A OMAR

Dios no usa coincidencias. Usa personas dispuestas. Omar Salazar fue una de ellas.

En mis primeros pasos de fe, cuando todavía no sabía que estaba siendo alcanzado, Dios usó su vida para acercarme al Evangelio no como información, sino como un encuentro real que cambia el rumbo de una existencia.

Su acompañamiento fue parte de ese momento donde Dios encendió algo que no se ha apagado.

No recuerdo un sermón suyo, recuerdo su constancia. Recuerdo que preguntaba cómo estaba y esperaba la respuesta completa. Recuerdo que no le incomodaban mis dudas ni mi desorden, y que nunca me trató como un proyecto, sino como un hermano. Esa clase de amor no se improvisa: nace de alguien que ya fue alcanzado y decidió no guardarse el agua.

Omar nunca supo cuánto estaba sembrando. Y tal vez ahí está la lección más grande: los encuentros que Dios usa para cambiar una vida rara vez se sienten históricos mientras ocurren. Son conversaciones sencillas, invitaciones sin cálculo, gestos que nadie aplaude. Pero el cielo los registra.

Si algo de lo que hoy hago sirve para acercar a alguien a Cristo, parte de esa cosecha le pertenece. Honrarlo no es solo un acto de gratitud: es reconocer que ninguno de nosotros llega solo al pozo. Alguien caminó primero para mostrarnos el camino.

Gracias, Omar. Tu obediencia dejó una huella eterna.



Retiro de hermanos.

De izquierda a derecha: Omar, yo y Santiago.
Dios usó a Omar para acercarme a Él, y después usó mi vida para acercar a Santiago.

Años después comprendimos que aquella fotografía, tomada junto a un pozo, resumía el corazón de este libro: una vida que Dios alcanza para alcanzar a otra.

AUTOR



JULIO EDUARDO

Silva López

Pastor, técnico superior en Acción Pastoral



j.eduardo.s@live.com.mx

DE LA SED A LA FUENTE

EL CAMINO AGUA

— *del evangelismo a la transformación del corazón* —

Hay encuentros que transforman una conversación.
Y hay encuentros que transforman una vida.

Inspirado en el encuentro de Jesús junto al pozo de Samaria, este libro te invita a descubrir principios de evangelismo, discipulado y acompañamiento nacidos del corazón de Cristo.

A través de enseñanzas bíblicas, experiencias reales y herramientas prácticas, aprenderás a acercarte a las personas con intención, escuchar con compasión, compartir la verdad con gracia y caminar junto a ellas en su proceso de transformación.

Más que un libro sobre cómo alcanzar a otros, esta es una invitación a contemplar el modelo que Jesús nos dejó junto al pozo y permitir que Él también transforme tu propia vida.

—  —
*Porque antes de alcanzar a otros,
todos necesitamos nuestro propio
encuentro junto al pozo.*



J. EDUARDO SILVA L.

es pastor, evangelista y fundador de Aliento en las Calles. Desde el 2006 dedica su vida a compartir el evangelio, acompañar procesos de restauración y formar discípulos dentro y fuera de las paredes de la iglesia.



Quito -Ecuador



@alientoenlascalles

ISBN: 978-9907-822-45-8

